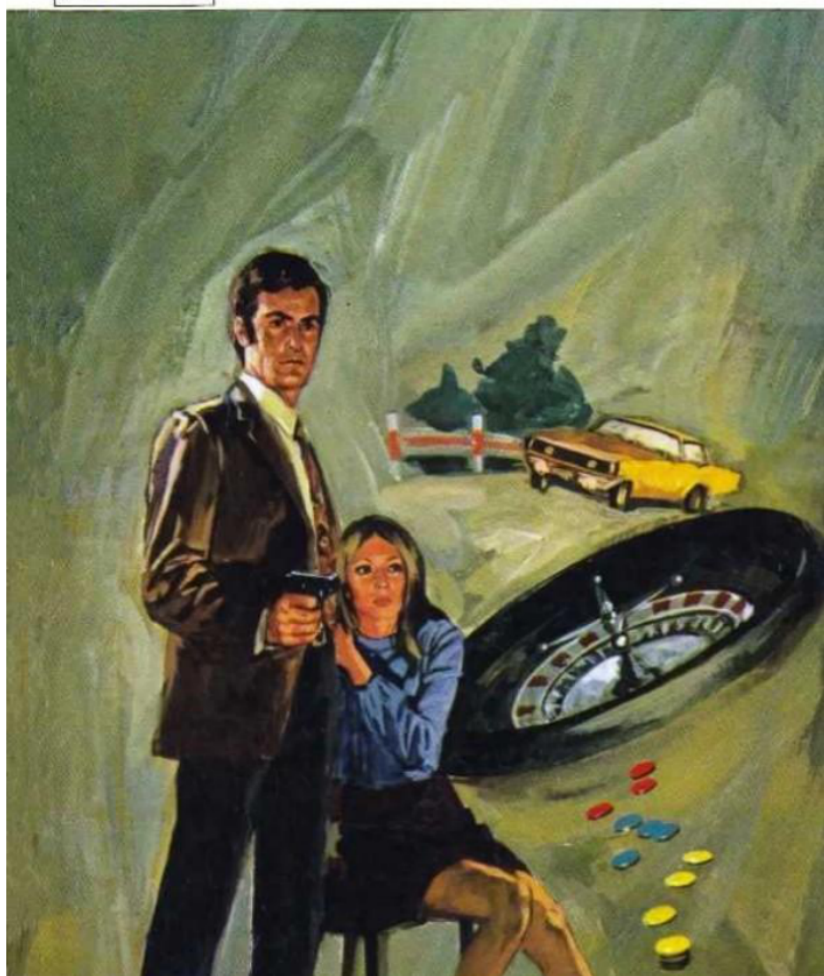


BOLSILIBROS BRUGUERA
**PUNTO
ROJO**

por saber demas ado

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**POR SABER
DEMASIADO**

Colección PUNTO ROJO n.º 345
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 34.095 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972

texto

© JORGE SAMPER - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.290 — ¡Caza al *sheriff*!
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.150 — El sello de los asesinos.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
984 — De pura raza.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
717 — Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526 — Bancarrota a tiros.
- En Colección PUNTO ROJO:
519 — El ojo de la cerradura.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
92 — Tierra de hombres fuertes.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
19 — Asalto al Banco de Barkerville.

CAPÍTULO PRIMERO

El *Daily News* de aquel día traía en una de sus páginas interiores una interesante noticia:

«¡Próxima liberación de lord Aulnace Gilgan!

»Dentro de pocos días será puesto en libertad *lord* Aulnace Gilgan, por haber cumplido la condena que le fue impuesta seis años atrás, acusado del homicidio en la persona de una oscura *play-girl* llamada Dannie Sholton. *Lord* Gilgan, que negó en todo momento ser el autor del hecho, fue condenado a diez años, puesto que el tribunal tuvo en cuenta ciertos atenuantes, de los cuales ha cumplido sólo seis, debido a la excelente conducta observada en prisión...».

El mismo periódico, dos días más tarde, publicaba una entrevista sostenida con *lord* Gilgan, en la prisión de Wandsworth, cuando al recluso le faltaban ya pocas horas para salir. Publicamos aquí unos pasajes de la mencionada entrevista:

«Periodista: Lord Aulnace, ¿cree que su fuerza física tuvo algo que ver con la condena que está a punto de cumplir?

Lord Gilgan: Los motivos de la condena están en el texto escrito de la sentencia que en su día emitió el tribunal de Old Bailey. Léalo, por favor.

P: *Sir* Aulnace, usted había sido oficial de paracaidistas un año antes de producirse aquel infausto suceso. ¿Volverá al Ejército una vez esté en libertad?

L. G: El Ejército no me aceptaría al haber sido condenado por un tribunal común.

P: Tal vez Su Honor prefiera volver a ocupar su escaño en la Cámara de los Lores.

L. G: Amigo mío, no quiero que me tachen de amenaza pública para la salud. Alguno de los honorables miembros de esa cámara podría sufrir un infarto de miocardio al ver que se sentaba junto a ellos un expresidiario. Por otra parte, yo no podría sentarme entre quienes, muchos de ellos, se empeñaron hasta en que se me negase el derecho a llamarme ciudadano británico.

P: Comprendo, *lord* Gilgan. Según tengo entendido, usted proclamó su inocencia en todo momento.

L. G: Así es: me considero inocente de la muerte de Dannie Sholton.

P: El tribunal sentenciador encontró adecuadas pruebas para la condena. ¿Quiere decir Su Honor que no cree en la justicia británica?

L. G: Mi querido amigo, la justicia británica está servida por seres humanos, tan falibles en su profesión como lo pueda ser un minero en la mina o un médico en su diagnóstico. Y, se lo ruego, no me conceda más el tratamiento de Su Honor. Un presidiario, usted debe saberlo bien, no tiene honor.

P: Una apreciación muy peculiar suya, *sir* Aulnace. ¿Puedo preguntarle qué hará apenas haya sido puesto en libertad?

L. G: Ya lo ha hecho, amigo mío. Simplemente, voy a tratar de encontrar al verdadero asesino de Dannie Sholton. Eso es todo.

P: Le deseo suerte, *lord* Gilgan».

El preso salió de la cárcel al anochecer. En la puerta, con un pequeño maletín en la mano, Aulnace Gilgan aspiró con verdadera fruición el aire libre.

Atrás, a sus espaldas, quedaban seis años de encierro. Ahora, cuando iba a cumplir los treinta y dos, tenía por delante un futuro no muy claro: poco dinero y desagradables perspectivas de volver al

lucrativo empleo que desempeñaba seis años antes.

Todavía, sin embargo, le quedaban algunos bienes personales. Gilgan pensaba que tendría que desprenderse de alguna pequeña propiedad, para disponer de dinero contante. La renta que recibía era exigua y no bastaría para sufragar sus gastos, por lo menos durante la temporada que él estimaba precisa de vivir sin recurrir a ningún trabajo.

Avanzó unos pasos. Un hombre de edad avanzada salió a su encuentro.

—*Lord* Gilgan —exclamó.

El joven se detuvo. Una sonrisa apareció en sus labios.

—James, mi buen James —dijo, a la vez que abrazaba al anciano—. ¿Tú por aquí?

—Señor, sabiendo que hoy salía libre, ¿cómo no iba a recibirle? No hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo, créame, *milord*.

La emoción del anciano mayordomo era patente. Gilgan lo había conocido en su casa desde que tenía uso de razón.

—James, mi buen James, no llores —dijo—. Éste debe ser hoy un día de alegría y no de derramar lágrimas.

—Es que, *milord*, me siento tan afectado... Tantos años esperando a que usted saliera de ese horrible lugar...

—Sí, James, tienes razón, es un horrible lugar. Tanto, que tú eres el único de todos los que conozco que se ha atrevido a venir a visitarme mientras estaba tras las rejas y a esperarme ahora que ya estoy en la calle.

—Quizá es que sus amistades no sabían la hora en que iba a salir, *milord* —sugirió el mayordomo.

—Vamos, vamos, James, no bromees. Todos ellos lo sabían perfectamente; pero ¿quién quiere saludar a un asesino? Con todos los años que tienes, me parece que conoces muy poco la naturaleza humana.

—Sí; creo que *milord* tiene razón. He sido demasiado optimista al esperar que sus amigos... pero tengo el coche preparado allí cerca. *Milord* querrá ir a casa, supongo.

—Justamente, James, a casa —suspiró Gilgan—. ¡Qué frase tan agradable! A casa, a mi hogar...

—*Milord*, permítame la maleta —pidió James.

Gilgan se echó a reír y le pasó una mano por el hombro.

—James, a un amigo no se le carga con la maleta cuando todavía uno tiene fuerzas para llevarla en la mano —contestó—. Anda, vamos al coche.

—Es el viejo «Rolls» que compró el padre de *milord* hace treinta y cinco años. Los otros, siguiendo instrucciones de *milord*, fueron vendidos.

—Ese viejo «Rolls», me imagino, debe de funcionar infinitamente mejor que muchos automóviles salidos hoy de la fábrica. No te apenes, James; me conformo con esa antigualla.

La maleta fue a parar al portaequipajes. A continuación, James abrió la portezuela y la mantuvo así, hasta que el joven hubo pasado al interior del venerable automóvil.

Acto seguido, James se sentó tras el volante y esperó, con la mano en la llave de contacto. A Gilgan le extrañó que no arrancase inmediatamente, pero enseguida comprendió lo que sucedía.

Tomó el tubo acústico y ordenó:

—¡A casa, James!

—Sí, *milord* —contestó el anciano mayordomo con una ancha sonrisa.

Mientras el coche rodaba a través del angosto camino, bordeado de árboles, al final del cual se encontraba Gilgan Manor, el recién liberado pensaba en la forma mejor de llevar a cabo sus propósitos.

Estaba seguro de no haber matado a Dannie Sholton. Sus recuerdos, sin embargo, eran imprecisos.

Se ocultaban tras una espesa niebla, surgida a los pocos momentos de haber llegado a casa de Dannie. Habían ido los dos juntos, desde

Toby's,

el lugar donde había conocido a la *play-girl*. Precisamente, aquella misma noche había ganado una importante suma de dinero, casi cuatro mil libras, y habían decidido celebrarlo.

Dannie le había propuesto ir antes a su casa, a fin de cambiarse de ropa. La idea no había desagradado a Gilgan en absoluto, quien manifestó a la chica que él la ayudaría con mucho gusto en el cambio de indumentaria. Dannie había aceptado la idea con aparente entusiasmo.

Había tomado una copa recién llegado a la casa. Ya no

recordaba otra cosa, sino que se había encontrado en manos de la policía y con el cadáver de Dannie en el centro de la sala.

Alguien le había tendido una trampa, estaba seguro de ello. Empezaría, ya no cabía duda, por Toby's.

Era muy probable que las cuatro mil libras ganadas —que por cierto, se habían volatilizado casi íntegras en los gastos del proceso — tuviesen mucho que ver con la muerte de la *play-girl*. En

Toby's, alguien, no cabía la menor duda, tenía que saber algo sobre el particular.

El coche se detuvo inesperadamente.

—¿Por qué te paras, James? —preguntó Gilgan, arrancado de súbito a sus reflexiones.

—*Milord*, hay un tronco en la carretera...

—¡Un tronco! —repitió Gilgan, atónito.

La experiencia adquirida en su entrenamiento como oficial paracaidista surgió de repente. Un tronco atravesado en el centro del camino no podía tener más que un significado.

—¡James, agáchate, pronto! —gritó.

Y apenas había hablado, se oyó el tableteo de una ametralladora.

Las balas hicieron saltar los cristales y crujieron al perforar la carrocería, sobre todo por la parte del motor. Una de las ruedas estalló con sonoro estrépito.

Los disparos, sin embargo, cesaron bien pronto. Sus ecos se alejaron lentamente y volvió el silencio.

Gilgan se incorporó en su asiento y saltó al suelo. Sentíase aprensivo por la suerte del anciano mayordomo.

—¡James! —llamó.

—No se preocupe por mí, *milord* —respondió James. Y adoptando de nuevo una postura erguida—: Estoy ileso, aunque esto me ha recordado algunos momentos del Somme, en la guerra del Catorce...

Gilgan sonrió. El buen James sacaba a relucir siempre que le era posible la batalla del Somme, en la que había tenido una destacada actuación.

Los faros, inexplicablemente, no habían sido alcanzados por los

proyectiles y su luz continuaba alumbrando el tronco atravesado en el camino. Gilgan examinó el automóvil y, viendo los impactos, le pareció imposible no haber sido alcanzado por ningún proyectil.

James había levantado la tapa del motor y lo examinaba con la ayuda de una linterna.

—Temo que habremos de continuar el camino a pie, *milord* —dijo a los pocos momentos.

—No importa, la casa está ya cerca —respondió Gilgan.

Contempló de nuevo las huellas de los balazos.

Había algo que no encajaba en el atentado de que acababa de ser objeto. El hombre de la metralleta, se dijo, debía de ser un pésimo tirador.

—O quizá no quiso matarme, sino solamente avisarme —murmuró.

—Avisarle, ¿de qué *milord*? —preguntó James, asombrado.

Gilgan se echó a reír.

—El otro día vino un periodista a visitarme en mi celda —contestó—. Me parece que resulté demasiado locuaz al expresar los proyectos que pensaba realizar, una vez puesto en libertad.

—Comprendo —dijo James—. *Milord* debe saber, una vez más, siempre lo he sostenido así, que le considero inocente de la muerte de aquella desdichada.

Gilgan apoyó su mano en el hombro del viejo mayordomo.

—Gracias, James —murmuró agradecidamente—. Resulta conmovedor oír hablar así a una persona, cuando todos los demás se han mostrado cruelmente acusadores —suspiró y concluyó—: Vamos ya, estoy ardiendo en deseos de hallarme de nuevo en el hogar.

CAPÍTULO II

La chica era alta y esbelta, aunque no tan delgada como aparentaba, precisamente debido a su propia estatura. Tenía el pelo muy negro, recogido en un moño cónico, y vestía un traje largo, hasta el suelo, sin espalda. El escote delantero era apenas inferior en dimensiones al posterior.

Gilgan estuvo a punto de tropezar con ella, cuando se disponía a entrar en el

Toby's.

Cortésmente, se disculpó, a la vez que se echaba a un lado.

—No tiene importancia —dijo ella, sonriendo encantadoramente.

Gilgan hubiera jurado que el vestido negro era la única prenda que la chica llevaba puesta sobre su cuerpo escultórico. Aparte de la perfección de sus líneas, lo que más le agradó fue la profundidad de sus pupilas y la nivea blancura de su piel. Ella no usaba apenas joyas y, en el brazo izquierdo, con aire negligente, llevaba una estola de piel. El bolso, de tejido plateado, pendía de su mano izquierda.

La chica entró en el local, lujosamente decorado. La parte destinada a bar era independiente de las salas de juego, a las que no todo el mundo tenía acceso.

Gilgan se acercó al mostrador. Una atractiva *barmaid* le sirvió un doble de escocés. Sentado en un taburete, Gilgan vio que la hermosa morena, tras unos momentos de indecisión, se dirigía a la puerta que permitía el acceso a las salas de juego.

Gilgan no se sintió extrañado por el hecho, aunque se preguntó si la muchacha sería una de aquellas que mariposeaban por las mesas de juego, incitando a los clientes a dejarse el dinero en manos de los *croupiers*. En todo caso, se dijo, no era asunto suyo.

Tomó el *whisky* a pequeños sorbitos. Al terminar, dejó unas

monedas sobre el mostrador.

Luego se puso en pie y cruzó el local. La puerta que daba acceso al departamento de juego era discreta y estaba acolchada en gruesos rombos de cuero natural, sujetos con clavos dorados de gran tamaño.

A la derecha, muy bien disimulado, había un timbre. Gilgan llamó. Uno de los rombos giró silenciosamente y parte de una cara apareció ante sus ojos.

—Si el señor no es miembro de la sociedad... —empezó a decir el cancerbero, pero Gilgan no le dejó proseguir.

—Soy socio honorario y vitalicio del Toby's

—dijo—. Y si no me cree, dele mi nombre a Duke Robson. Me llamo Gilgan.

—Oh —dijo el guardián—. Un momento, por favor.

El rombo se cerró de nuevo. Pasados un par de minutos, la puerta se abrió.

—El señor Robson desea verle en su despacho privado, señor —manifestó el sujeto—. Dice que usted ya conoce el camino...

—A menos que haya modificado la topografía interna de este antro de ladrones, desde luego —contestó el joven con acento chancero.

Las salas de juego, observó, mientras avanzaba sin prisas, estaban repletas de clientes. Era un negocio redondo, pensó Gilgan; a veces, permitían ciertas ganancias, pero nunca tan elevadas que condujeran el negocio a la ruina.

Y cuando alguien se mostraba especialmente afortunado, surgía una Dannie Sholton, que engatusaba al ganador, para que los secuaces de Robson lo despojaran.

Pero ¿sólo por asegurarse el silencio de Dannie, con respecto a este y otros hechos similares, la habían asesinado?, se preguntó.

Subió una escalera de cuatro o cinco peldaños, adornada con una corta y artística balaustrada. Había luego un pequeño descansillo y una puerta.

Sobre la puerta podía leerse un rótulo:

«D. ROBSON —MANAGER— PRIVATE»

Los nudillos de Gilgan golpearon con fuerza uno de los paneles

de roble de la puerta.

El despacho era lujoso, pero severo y nada recargado de adornos. Detrás de la pesada mesa de teca, había un hombre, con traje negro y lazo del mismo color.

Los ojos del hombre eran duros, fríos, nada hospitalarios.

—Celebro verle de nuevo por mi local, *lord* Gilgan —dijo Robson.

—Una frase perfectamente tópica, pero que, en este caso, no se ajusta a la realidad en absoluto, Robson. Usted no se siente nada feliz de verme por aquí —contestó el joven.

—Como guste —respondió—. Pero, me crea o no, me alegro de que haya... del término de su condena. En este mundo, a veces, uno sufre un fuerte tropiezo, pero puede rehacerse con un poco de voluntad.

—Sí; sobre todo, cuando el tropiezo se debe tanto a la ingenuidad del que lo sufre, como a la malevolencia del que lo origina.

—Usted sigue creyendo que yo soy el culpable de todo. No es verdad —protestó Robson—. El tribunal...

—El tribunal sentenció de acuerdo con unas pruebas perfectamente prefabricadas. Parecía muy lógico que *lord* Gilgan, en plena embriaguez, se enfureciese porque aquella pobre *play-girl* se resistiese a sus insanos deseos y, al tratar de forzarla, le rompiese el cuello con sus fuertes manos.

—Es lo que sucedió —dijo Robson, impassible.

—Usted sabe que no es así —contestó Gilgan, tajante—. Dannie me llevó a su casa, bajo el pretexto de salir a celebrar mi buena fortuna. En realidad, lo que hizo fue narcotizarme, para robarme el dinero que yo había ganado aquí. Luego, mientras yo estaba inconsciente, alguien entró, le rompió el cuello y luego rasgó sus ropas. La droga que Dannie me propinó debía de ser muy fuerte, porque permanecí amnésico casi tres días.

—Todo eso parece cierto, pero la verdad es que usted se emborrachó. La policía encontró en casa de Dannie dos botellas vacías y copas con claras señales de uso por parte de ambos. Las huellas de los labios...

—Por favor, no siga, Robson, veo que no nos entenderemos.

Gilgan se apoyó de pronto en la mesa, con ambas manos.

—Yo me he forjado una hipótesis acerca de la muerte de Dannie —siguió, con enérgico acento—. Mejor dicho, dos hipótesis. Una de ellas, la mataron porque ya había hecho más de una vez la misma labor y temían que les delatara. Otra, tal vez Dannie sabía más de lo conveniente acerca de las turbias actividades que se desarrollan en este local.

—Tiene usted una imaginación portentosa, *lord* Gilgan —sonrió Robson—. Pero no le puedo impedir que exprese su opinión; sobre todo, cuando sé que es perfectamente errónea.

—Ya lo veremos —dijo el joven—. De todas formas, usted debió de quedarse sumamente chasqueado cuando el asesino le informó de que no había conseguido recuperar las cuatro mil libras, ¿no es así?

—El cliente que gana, disfruta de sus ganancias —contestó Robson sin perder su impassibilidad.

—Ésa es la teoría. La práctica, en realidad, es muy distinta. Algún día, Robson, le contaré cómo conseguí escamotear aquel dinero que, en medio de todo, no me sirvió para conseguir un veredicto de inocencia. Pero sí debe saber una cosa: estoy libre y decidido a encontrar, no sólo al asesino de Dannie, sino al hombre que le ordenó cometer el crimen.

—Hermosos propósitos —alabó Robson—. Sólo le deseo el mayor de los éxitos...

Robson se interrumpió de pronto. La puerta acababa de abrirse. Una hermosa muchacha apareció en el umbral.

—Oh, ustedes perdonen —dijo, muy confundida—. Creo que me he equivocado. Buscaba el tocador de señoras.

La cara de Robson enrojeció fuertemente.

—Señorita, el lugar que usted busca está claramente señalado —contestó, con evidente mal humor.

—Sí; tiene usted razón —dijo ella, sonriendo—. Pero soy tan impulsiva que sólo después de abrir me fijé en el rótulo de esta puerta. Otra vez les pido perdón, caballeros.

La chica se marchó. Robson hizo un esfuerzo por contener su cólera.

—Tengo trabajo, *lord* Gilgan —manifestó significativamente.

—Hombre afortunado —rió el joven—. En cambio, yo estoy arruinado o poco menos, y sin perspectivas de obtener un empleo.

Incluso tengo mi viejo «Rolls» averiado y no sé cómo voy a arreglármelas para pagar la factura del mecánico. En fin, ése es mi problema y no el suyo.

—Si necesita dinero... Usted siempre fue un buen cliente, *lord* Gilgan.

—Generoso —le apostrofó el joven burlonamente—. Pero no olvide lo que le he dicho, Robson. Encontraré al asesino y al hombre que le ordenó matar a Dannie.

Dicho lo cual, Gilgan dio media vuelta y abandonó el despacho. Robson, al quedarse solo, sacó el pañuelo y se enjugó el sudor que corría en abundancia por su frente. Tuvo que tomarse un buen trago, para recuperar en parte la tranquilidad perdida a causa de la visita del expresidiario.

Luego tocó una palanquita. Una voz sonó a través del interfono:

—Diga, jefe.

—Slim, *lord* Gilgan ha estado aquí. Por lo visto, la advertencia que le hicimos el otro día no ha surtido efecto.

—Si me hubiera dejado usted tirar al bulto... —se lamentó el esbirro.

—Calla, imbécil, se nos hubiera visto demasiado el juego. Escucha, quiero que tú y Johnny le hagáis otra advertencia. Más personal, por supuesto. ¿Me has entendido?

—Sí, jefe.

—Hay que hacerle comprender, de un modo absoluto, que debe olvidar el asunto de Dannie Sholton. Pero no quiero que muera; no es el único que sospecha con respecto a ese caso y si muriese, estallaría todo como una bomba. Que lo olvide, eso es todo.

—Descuide, jefe; después de esta noche, *lord* Gilgan habrá comprendido que Dannie está muerta y que lo mejor que puede hacer es olvidarla para siempre.

—Justamente, Slim —contestó Robson.

Y cortó la comunicación.

Acto seguido, se sirvió otro trago. Mientras bebía, se preguntó qué tal le sentaría su decisión a la persona que, en realidad, era la dueña del

Toby's

y de cuyos labios había salido la orden de asesinar a Dannie Sholton.

Gilgan tenía un pequeño apartamento en Londres. Era de su propiedad, y James, durante su ausencia de seis años, se había ocupado de pagar una asistenta para que lo mantuviese en buen estado, con periódicas limpiezas, así como reparación de deterioros habidos durante todo aquel tiempo. Gilgan llegó al piso, cerca de la medianoche, pensando melancólicamente que el mantenimiento de aquel departamento constituía un gasto que no podría soportar por demasiado tiempo.

Abrió la puerta, encendió las luces y se quitó la chaqueta. Quería acostarse, pero al mismo tiempo se sentía un poco nervioso. La conversación con Robson no le había puesto precisamente de buen humor.

Se acercó al pequeño bar que había en un rincón y se sirvió dos dedos de buen *whisky* escocés. Apenas si pudo tomar un sorbo.

Alguien llamó a la puerta. Gilgan dejó el vaso alto sobre la barra y cruzó la sala.

Apenas había abierto, una hoja de acero centelleó en el aire y se apoyó en su pecho, justo sobre el estómago.

—Adentro —dijo un sujeto delgado y moreno, de ojos negros y expresión aviesa.

CAPÍTULO III

La punta de la navaja automática pinchó un poco. Gilgan dio instintivamente un paso atrás.

El tipo moreno, con aspecto italiano, dio un paso hacia delante. Detrás de él iba un sujeto de gran corpulencia, en quien Gilgan reconoció a uno de los que mantenían el orden en Toby's.

Al otro también lo había visto por allí. Algunos de los clientes no eran jugadores, sino que iban, simplemente, a ver si podían aprovecharse de los gananciosos. Los tipos como los que ahora tenía en su departamento se ocupaban de expulsar a los aprovechados con gran discreción, pero también con el máximo de energía.

Gilgan procuró rehacerse de la sorpresa que le había causado la inesperada visita.

—Caballeros, ¿puedo preguntar...?

—No; no puede preguntar nada —cortó secamente Slim Cooper.

—Mi amigo es así —dijo Johnny Faverio, riendo con un tono bajo y seseante, que a Gilgan recordó el silbido de una serpiente—. Nunca da ocasión al otro de que exprese sus puntos de vista.

—Eso es lo que se llama ser un ardiente defensor del diálogo —contestó Gilgan sarcásticamente—. He de suponer que vienen en nombre de Robson.

—No queremos pronunciar nombres —manifestó Cooper—. Sólo hemos venido a darle una orden: olvídense para siempre de Dannie Sholton.

Gilgan arqueó las cejas.

—Conque era eso —murmuró.

—Dannie está muerta y nada la resucitará, así que deje ese asunto en paz, ¿me ha entendido?

Gilgan fijó la vista en Faverio, cuya navaja seguía peligrosamente apoyada en su pecho.

—Bien —contestó—, supongamos que les digo que sí, que me olvidaré de Dannie. ¿Van a estar vigilándome todo el tiempo? No pueden estar pegados a mí día y noche, creo.

Faverio rió torvamente.

—Es que, precisamente, para evitar eso, hemos venido a su casa, *lord* Gilgan. Con una sola visita, nos va a ser suficiente para no tener que seguirle día y noche, como usted dice —declaró.

—Ah, ya entiendo. Entonces...

Cooper sacó de repente una especie de porra delgada, de unos treinta y cinco centímetros de largo. Era una varilla de acero, de un centímetro de grueso, forrada de cuero.

—Después de que nos hayamos ido, usted habrá comprendido que debe cumplir nuestras órdenes.

—Y cada vez que sienta la tentación de desobedecer nuestra orden, recordará los argumentos persuasivos de Slim y se quedará quietecito en su casa —añadió Faverio con maligno acento.

—Ah, los movimientos reflejos —dijo Gilgan tranquilamente—. Los perros de Pavlov...

—¿Cómo? —exclamó Cooper desconcertado.

—No te preocupes —gruñó Faverio—. Anda, empieza ya; no hemos venido aquí a sostener un intercambio de cortesías.

Faverio se apartó a un lado. Cooper avanzó hacia el joven, con la mano en alto.

Pero no llegó a descargar el golpe. Una voz de mujer, fresca y juvenil, aunque también enérgica, exclamó:

—¡Toque a ese hombre y le meteré un balazo en el cuerpo!

La sorpresa de los dos matones fue total. Gilgan no se quedó menos atónito al ver a la mujer, en el umbral de la puerta, empuñando con la mano derecha un pequeño revólver plateado.

Era la hermosa desconocida que había confundido el despacho de Robson con el tocador de señoras. Su aspecto e indumentaria no habían cambiado en absoluto.

Faverio se volvió.

—Señora —dijo de mal talante—, no se meta en...

Unos dedos de acero aferraron su muñeca y, tras un seco movimiento de torsión, le hicieron soltar la navaja, que cayó al suelo. Cooper se agitó, pero ella le apuntó con el revólver.

—¡Quieto o disparo!

Cooper se vio obligado a tascar el freno. Mientras, Gilgan decía:

—No me gusta que nadie me amenace, y menos en mi propia casa.

Y para demostrar su irritación, agarró con dos dedos la nariz y pegó unos terribles tirones, haciendo ir y venir al rufián de un lado a otro de la estancia, sin que, a pesar de todo, pudiera librarse de lo que le parecían unas pinzas de hierro.

Faverio chilló y sollozó de dolor. Al fin, Gilgan soltó su nariz, pero agarró el hombro izquierdo para hacerle girar en redondo. Luego alzó el pie y lo disparó con todas sus fuerzas.

El esbirro salió catapultado con indescriptible violencia hasta la pared más cercana, contra la que chocó con sordo ruido. El golpe le dejó atontado y rodó por tierra, sin tener una idea demasiado clara de lo que le estaba sucediendo.

Acto seguido, Gilgan se acercó a Cooper, que continuaba inmóvil en el centro de la sala.

—Tira eso —ordenó.

La varilla de metal cayó al suelo. Entonces, Gilgan disparó el puño derecho con toda su fuerza.

Fue un golpe venenoso, dirigido a la boca. Gilgan tuvo el placer de oír chasquidos de dientes rotos. Cooper se tambaleó y cayó sentado, sangrando aparatosamente por la boca, pero también con los ojos llenos de lágrimas.

Escupió instintivamente. Un par de piezas dentarias cayeron sobre la alfombra.

—Buen golpe —aprobó la muchacha.

—Gracias —contestó Gilgan, mientras se inclinaba para recoger la varilla de metal.

Faverio se había levantado ya. Gilgan se acercó a él, lo agarró por el cuello de la chaqueta y le hizo acercarse a la puerta.

—Abra, señorita, por favor —pidió.

—Con mucho gusto, *lord* Gilgan.

La varilla de acero se movió fulgurantemente y alcanzó el final de la espalda de Faverio, de cuyos labios brotó un chillido de angustia. Con las dos manos en las posaderas, se alejó de allí, dando ridículos saltos, que hicieron prorrumpir a la muchacha en una estruendosa carcajada.

Cooper siguió la misma suerte. Luego, Gilgan cerró la puerta y echó el pasador de seguridad, enfrentándose a continuación con su hermosa e inesperada visitante.

—Y bien, mi bella desconocida —exclamó—, ¿quiere decirme quién es usted y a qué debo el honor de su presencia en mi casa?

—Me llamo Bea Benbury.

La muchacha caminó desenvueltamente hacia el bar, se sentó en un taburete y cruzó las piernas. Tomó el vaso que Gilgan se había servido y que estaba intacto, y bebió un par de sorbos.

—Nunca he oído ese nombre —confesó el joven.

—En cambio, el suyo sí ha sonado mucho en los últimos tiempos, *lord* Gilgan.

—Los motivos de esa efímera celebridad no son precisamente para llenar de júbilo el corazón de un hombre —se lamentó él, mientras vertía *whisky* en otro vaso.

—Le comprendo perfectamente, y también estoy enterada de sus intenciones. Usted quiere probar que no es el asesino de Dannie Sholton.

—No he hecho ningún secreto de mis intenciones, señorita Benbury.

—Lo sé —contestó Bea—. Pero yo diría que, aun apuntando en la dirección correcta, no sigue el camino más adecuado para alcanzar su objetivo.

—¿Qué quiere decir usted, señorita Benbury?

—¿No tiene usted un cigarrillo? —pidió ella con notable desparpajo.

Gilgan contuvo un bufido. Fue a su chaqueta, que estaba todavía sobre una silla, y sacó la pitillera y el encendedor.

Bea le echó el humo a la cara, con gesto provocativo.

—Usted asegura que no mató a Dannie Sholton —dijo.

—Me he cansado de repetirlo —contestó Gilgan, procurando armarse de paciencia.

—Sí, es cierto. Pero apostaré algo a que no se le ha ocurrido recordar cómo murió aquella pobre chica.

—El dictamen forense habló de vértebras cervicales fracturadas. En lenguaje común, tenía el cuello roto.

—Cosa que sólo podía hacer un hombre de excepcional fortaleza

física, como usted —dijo Bea, mirándole de pies a cabeza.

Gilgan calló un instante. Adivinaba lo que estaba pensando ella.

Bea tenía ante sí a un gigante de metro noventa y casi noventa kilos de peso, con unas fuerzas físicas poco comunes. Un hombre de sus características podía destrozar el cuello de una persona sólo con las manos, máxime en lo que se suponía un ataque de furia, provocado por la supuesta negativa de Dannie a acceder a sus torpes deseos, y excitada más su potencia muscular por un momentáneo abuso del alcohol.

—Un tipo forzado —dijo al cabo.

—Sí —confirmó Bea, sin pestañear.

—Pero no fui yo.

—En tal caso, lo hizo alguien tan fuerte o más que usted, *lord* Gilgan.

Bea aplastó el cigarrillo contra un cenicero. Luego se apeó del taburete y, con maliciosa sonrisa, se encaminó hacia la puerta.

—¿Eh, se va usted? —gritó el joven.

—Claro; no voy a quedarme aquí toda la noche —contestó Bea.

—Pero...

—Nos veremos otro día, *lord* Gilgan. Celebro haberle dado una buena idea para que prosiga sus investigaciones.

—Pero, es que no sé más de usted...

—Un poco de intriga y misterio siempre da aliciente a la monotonía de la vida —exclamó ella, con una alegre carcajada—. Buenas noches.

Gilgan quedó solo en su departamento, profundamente preocupado por la presencia de la enigmática Bea, cuyas intenciones, hasta el momento, le resultaban perfectamente desconocidas.

Pero no se podía negar que había llegado en un momento muy oportuno. Además, le había dado una valiosa indicación para encontrar al asesino de Dannie Sholton.

Otra de las cosas que había tenido ocasión de comprobar en aquella movida noche, era que Robson tenía miedo.

Sencillamente, sabía algo sobre el asesino de Dannie y no quería que el secreto se divulgase.

El asesino, no cabía ya la menor duda, era un sujeto de excepcional corpulencia.

—Por lo menos, tiene mi talla y peso —murmuró.

¿Quién le ayudaría a encontrarlo?

De pronto, chasqueó los dedos.

—Ya lo sé —exclamó en voz alta, olvidándose de que estaba solo
—. Guy *el Hurón*.

CAPÍTULO IV

Guy Mills, alias *el Hurón*, era un sujeto menudo, de nariz un tanto ganchuda y nuez prominente. Quizá por su misma menguada estatura era aficionado a las mujeres de peso.

Cuando Gilgan entró en la taberna que Mills solía frecuentar, lo vio sentado a una mesa, en compañía de una estrepitosa rubia que le pasaba al menos quince kilos de peso y diez centímetros de estatura. Los ojos de *el Hurón* estaban obstinadamente fijos en el fascinante escote de la rubia, a través del cual se veía el arranque de un voluminoso seno.

Mills parecía completamente fascinado por los opulentos encantos de la rubia. Ni siquiera vio a Gilgan cuando se acercó a la mesa y sólo supo de su presencia cuando el joven tosió discretamente.

—Hola, Guy —dijo Gilgan.

Mills alzó la cabeza.

—¡Rayos! ¡Aulnace Gilgan! —exclamó.

La rubia pareció sentirse molesta por la presencia del joven.

—¿Quién es este tipo? —dijo de mal talante—. Anda, dile que se largue y nos deje en paz...

—Guy, quiero hablar contigo —expresó el joven.

—Lárgate, Meg —gruñó Mills—. Vuelve luego.

La rubia agarró su bolso, se puso en pie y se alejó resoplando como una ballena. Gilgan se sentó frente a Mills.

—Celebro verte, *Hurón* —dijo.

—Lo mismo digo, *milord* —contestó el sujeto—. ¿Qué tal sientan los aires de la libertad?

—Figúratelo por ti mismo —sonrió Gilgan—. Tú también estuviste allí.

Mills suspiró.

—Tres largos e infernales años —admitió—. Pero hace cuatro

que salí y... Bueno, una vez, aquel tipo quiso avasallarme en el patio. Tú le diste una buena, aunque a costa luego de dos meses de celda solitaria. Entonces yo te dije que si un día me necesitabas, aquí me tendrías habitualmente.

—Ahora te necesito, *Hurón* —dijo Gilgan.

Los ojos del individuo se entrecerraron.

—Sigues pensando lo mismo que pensabas en Wandsworth —adivinó.

—Justamente, Guy.

Mills meneó la cabeza.

—No, tú no eres de la clase de tipo que asesina a las mujeres, y menos de aquella forma —dijo—. Quieres encontrar al que lo hizo, ¿eh?

—Estoy muy interesado en ello, Guy.

—Pero es que a mí no se me ocurre...

—*Hurón*, tú recuerdas cómo murió Dannie Sholton, ¿no es así?

—Cierto. Le rompieron el cuello...

—Yo soy fuerte y alguien se aprovechó de esa circunstancia, para cometer un crimen, de forma que resultara fácil achacármela. Guy, tú conoces a mucha gente. El que mató a Dannie es un tipo tan robusto o más que yo.

—Es verdad —murmuró Mills—, no había dado en ello. Puede que fuera Abe Rafferty.

—¿Quién es Rafferty, Guy?

—Trabaja en el Black Cactus. El dueño es un tal Thorpe, aunque, en realidad, el local pertenece a Robson.

Gilgan dio un bote en el asiento.

—¿Seguro, Guy?

—Con un margen de error muy pequeño, *milord*.

Hubo un instante de silencio.

Gilgan reflexionaba.

—Guy —dijo al cabo—, me gustaría ver a Rafferty fuera de su ambiente.

—A solas, claro.

—Sí.

—Es mejor —convino *el Hurón*—. Dame papel y lápiz; te anotaré su dirección.

Gilgan sonrió.

—Tú lo sabes todo —dijo.

Mills se encogió de hombros.

—Es mi oficio —respondió con indiferencia—. Aunque, a veces, también tiene sus quiebras, cuando se quiere abarcar demasiado. Entonces, acaba uno en Wandsworth. No me sucederá más, créeme.

—Eso espero, Guy —contestó Gilgan.

Momentos después, con la dirección del tipo que podía ser el asesino de Dannie Sholton, Gilgan se dirigía hacia la puerta.

Antes de salir, volvió la cabeza. Mills y la rubia se habían reunido de nuevo. *El Hurón* estaba literalmente embozado, contemplando a la mujer de tan vastos encantos anatómicos.

Gilgan abrió la puerta y salió a la calle.

Aguardaba pacientemente desde hacía un par de horas, oculto en las protectoras sombras de un portal. Desde allí podía ver la puerta de la casa de Rafferty.

Gilgan había juzgado más conveniente aguardar al sujeto en la calle. Desconocía detalles de la vida privada de Rafferty y pensaba que tal vez podía haber alguien aguardándole en su piso. No quería complicaciones, sino hasta el último momento.

El tiempo transcurrió lentamente. Black Cactus era un local que cerraba muy tarde. Para quien había sabido esperar seis años tras los barrotes de una reja, unos minutos más o menos carecían de importancia.

Las luces de un coche se divisaron a lo lejos. Habían pasado ya bastantes. Cada vez que veía uno, Gilgan se sentía momentáneamente impaciente.

Esta vez percibió las luces direccionales, señalando la aproximación a la acera. Gilgan pudo ver también que se trataba de un taxi.

Un coche arrancó suavemente cerca de él, pero no prestó atención al detalle. Gilgan tenía la vista fija en el hombre alto y corpulento que acababa de apearse del taxi. Vio a Rafferty inclinarse para pagar la carrera y recoger la vuelta.

El taxi arrancó, mientras Rafferty daba media vuelta para meterse en su casa. Gilgan se dispuso a seguirle.

En el mismo instante, el coche que se había puesto en marcha segundos antes, aceleró bruscamente, a la vez que su conductor

procuraba hacerlo pasar cerca de la acera. Rafferty pareció intuir el peligro y se volvió un instante.

Un chorro de llamas salió por la ventanilla posterior del automóvil. La cara de Rafferty se deformó en una mueca indescriptible de terror y dolor.

Al segundo siguiente, la ráfaga de balas le alcanzó de lleno en la cara e hizo saltar su cráneo en pedazos. Rafferty, que había dado unos pasos para escapar, pegó un salto convulsivo y se estrelló contra el suelo.

El estruendo de las detonaciones se apagó, a la vez que se alejaba el rugido del motor. Cinco segundos más tarde, sólo quedaba un cuerpo tendido en la acera, despidiendo ríos de sangre que iban a perderse en un imbornal cercano.

Gilgan se quedó atónito, helado de horror. De pronto, oyó no lejos de él un repiqueteo de tacones.

Volvió la cabeza. Una mujer escapaba a lo lejos. Gilgan presintió su identidad y echó a correr tras ella.

Una ventana se abrió. Alguien se asomó y dejó escapar un agudo chillido de pánico al contemplar el horrible espectáculo que ofrecía el cadáver de Rafferty.

La mujer que huía no lo hacía con tanta rapidez que pudiera conseguir sus propósitos. Gilgan la alcanzó a los cien pasos, agarró uno de sus brazos y tiró de ella.

—Deténgase, señorita Benbury —exclamó.

La cara de la muchacha era un óvalo blanco en la penumbra de la calle. Sus ojos expresaban claramente el horror de la situación.

Gilgan comprendió que Bea se sentía muy afectada por lo que acababa de ver.

—Será mejor que caminemos con paso normal —indicó—. Agárrese a mi brazo; iremos a tomar algo que nos anime a los dos. Creo que lo estamos necesitando.

Bea asintió en silencio. En aquellos momentos, no tenía fuerzas para hablar.

Una taza de café, a la que Gilgan añadió algunas gotas de *brandy*, hizo volver los colores al rostro de Bea. Al cabo de unos momentos, ella dijo:

—Ya me siento mejor, gracias.

—Lo celebro —sonrió él—. Ha pasado un mal rato, ¿verdad?

—Figúrese —Bea suspiró profundamente—. Yo no me esperaba una cosa semejante...

—Usted estaba también allí, aunque yo no me di cuenta de su presencia hasta después de que todo hubo pasado. ¿Qué hacía en aquel lugar?

—Me parece que ambos habíamos llegado a la misma conclusión: Rafferty fue el que mató a Dannie.

—Y por eso le han matado a él también, para que no hable.

—Parece lógico, ¿no cree? Pero ¿es que sabían que usted iba a visitarlo?

Gilgan meditó unos instantes.

¿Había dado Mills el «soplo» acerca de su entrevista?

No, se dijo rotundamente; Mills no era, según en qué casos, un traidor a los amigos. Además, no se mezclaba en casos donde se vertiese la sangre.

—Tengo una opinión —dijo al cabo.

—¿Sí? —preguntó Bea.

—Dannie fue muerta por un tipo de gran fuerza física. Me achacaron el crimen a mí. Yo no fui, ellos lo saben y también saben que ando investigando el asunto. Se dan cuenta de que, modestia aparte, no soy tonto, y que acabaré por llegar a saber que Rafferty es el asesino. Entonces, para asegurarse la tranquilidad, ametrallan a Rafferty.

—Una deducción completamente correcta. ¿Acusa usted a Thorpe?

Gilgan arqueó las cejas.

—¿Lo conoce usted? —preguntó.

—Puesto que Rafferty trabajaba en Black Cactus y el local pertenece a Thorpe, lo demás se adivina sin trabajo, *lord* Gilgan.

El joven comprendió que Bea ignoraba todavía algunas cosas, y estimó no conveniente sacarla de su error.

—Tiene usted razón —convino—. Será cosa de ir a hacer una visita a Thorpe.

—¿Ahora?

—Es demasiado tarde. Mañana.

—Le deseo suerte, *lord* Gilgan.

—Gracias, Bea —sonrió—. Por favor, mis amigos me llaman

Jack. No es mi nombre digamos oficial, pero es que Aulnace resulta demasiado pomposo.

Bea sonrió.

—Desde luego. Jack, dispéñseme, pero tengo que irme —manifestó.

—¿Sin decirme algo que está llamando mi atención desde que la conocí?

—¿De qué se trata, Jack?

—De su interés por esclarecer el asesinato de Dannie Sholton —contestó él.

Bea se puso seria un momento.

—Otro día... tal vez —contestó ambiguamente.

Y se dirigió hacia la puerta.

—La acompañaré a su casa —sugirió Gilgan.

—No es necesario. Por favor, no se moleste por mí más de lo que ya lo ha hecho, Jack.

—Como quiera, Bea.

Gilgan volvió al bar cuando se quedó solo. Sentóse en un taburete, encendió un cigarrillo y contempló pensativamente las volutas de humo durante unos minutos.

Le extrañaba el interés que una chica como Bea podía sentir por el asesinato de una *play-girl*, a la que no podía haber conocido. Dannie tenía unos veintiséis años en el momento de su muerte. Bea parecía mucho más joven, unos veintitrés años. Por tanto, en la fecha en que se cometió el crimen, Bea debía de tener diecisiete años... y el aspecto de ser una adolescente completamente alejada de los ambientes en que se movía Dannie Sholton.

Pero alguna relación había existido entre las dos mujeres y Gilgan se propuso averiguarlo.

—Ahora, no, estoy muy cansado —se dijo, mientras se dirigía al dormitorio.

«Mañana... mañana... mañana...», pensó, esforzándose por olvidar todo momentáneamente, a fin de lograr conciliar el sueño.

CAPÍTULO V

El Black Cactus era un local muy distinto del Toby's.

Era, simplemente, un lugar de esparcimiento, con música, alternada la de discos con la de una buena orquesta de ritmos modernos y un par de cantantes sumamente atractivas. Además, había gran cantidad de chicas hermosas y, a juzgar por su primera consumición, Gilgan encontró los precios relativamente moderados.

Casi hubiera podido calificarse de local honesto. Pero su dueño había ordenado el asesinato de un hombre.

Al cabo de un rato, Gilgan maniobró para encontrar la puerta del despacho privado del dueño. La encontró en un lugar discreto, al fondo de un pasillo en penumbra.

Durante un segundo vaciló, pero al fin se decidió por abrir sin llamar. Había un hombre que estaba metiendo algunas cosas en una cartera de mano —Gilgan vio un par de fajos de billetes— y alzó la cabeza sobresaltado al oír el ruido de la puerta.

—¿Eh? —Respingó el individuo—. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué ha entrado sin llamar?

—Le veo muy nervioso, Thorpe —sonrió el joven—. ¿Consecuencias de la muerte de Rafferty?

Thorpe barbotó una imprecación.

—Eso no le importa a usted en absoluto...

—Me importa más de lo que usted cree. Soy Gilgan y no asesiné a Dannie Sholton.

La boca de Thorpe se abrió estúpidamente.

—¡Gilgan! —resopló.

—El mismo —confirmó sonriendo el visitante—. Ahora ya sabe por qué estoy aquí, Thorpe.

—Me lo imagino, pero pierde el tiempo. Yo me largo.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

—Ya lo ha oído... No quiero tratos con esa gentuza. Oiga, *lord* Gilgan, no caeré en la presunción de asegurar que soy un hombre absolutamente honrado, pero hay cosas en las que no quiero verme mezclado en absoluto. ¿Me ha comprendido usted?

—En el ambiente en que usted se mueve, cuando no se es honrado, se acaba por ser cómplice de asesinos.

—Todavía no he llegado a ese extremo. Ni quiero llegar, por supuesto. Crean que pueden mandar en mí, pero eso no es verdad. Me largo, repito.

Gilgan frunció el ceño.

—Usted tenía a Rafferty como empleado —dijo.

—No por mi gusto. Me lo impusieron a la fuerza. Era una bestia y no aumentaba precisamente la clientela en el local.

—¿Quién fue el autor de la imposición?

—Robson; quién diablos iba a ser. Bueno, por lo menos él fue el que lo dispuso. Si salió de su iniciativa la orden o no, eso ya no puedo asegurarlo.

—Ah, pudo haber sido otra persona.

—Seguro. No sé quién es, no conozco su identidad y tampoco me importa demasiado. Figuro como propietario del Black Cactus, pero sólo soy un empleado distinguido, lo mismo que Robson. Pero el dueño es otro, aunque sólo Robson sabe su nombre.

—Entiendo.

—Y a Robson sí le gustan los asuntos con sangre. A mí no, ésa es la diferencia.

—Perfecto, señor Thorpe. Ahora, antes de que se vaya, ¿puede contestarme a una pregunta? Una tan solo, por favor.

Thorpe había cerrado ya la cartera y empuñaba el asa con la mano izquierda.

—Diga —contestó lacónicamente.

—Se supone, o por lo menos, lo suponía yo, que Dannie Sholton fue asesinada porque me había atraído a una trampa, a fin de despojarme de las cuatro mil libras que yo había ganado aquella noche en

Toby's.

Por lo visto, no era la primera vez que hacía una cosa semejante y parece lógico pensar que no querían que se fuese de la lengua. Pero yo creo que había algo más, que Dannie sabía cosas que no

convenía fuesen divulgadas. ¿Qué me dice usted, Thorpe?

El hombre dudó un momento, pero luego dijo:

—Yo apostaría que tiene usted razón, *lord* Gilgan. Sin embargo, nada de lo que le diga le servirá, porque está basado en suposiciones. Estimo que en

Toby's,

a poco que insista, encontrará usted aclaraciones para sus dudas.

Gilgan sonrió.

—Entiendo —dijo—. Gracias, Thorpe.

Y ya se disponía a retirarse cuando, de pronto, se abrió la puerta.

Gilgan casi tuvo que saltar para evitar que la pesada hoja de madera le diese en las narices. Dada la posición que ocupaba, quedó momentáneamente oculto a la vista de los recién llegados.

Eran dos, lo supo casi de inmediato. Thorpe palideció horriblemente al verlos.

—Nos han dicho que ha presentado la dimisión de su cargo —habló uno de los recién llegados.

—Sí, es cierto... Dejo el empleo... —contestó Thorpe con dificultades en la pronunciación de las palabras—. Se lo anuncié a Robson... por teléfono...

—Pero usted dirige muy bien el local —dijo el otro sujeto.

—Y no conviene que un hombre de su valía abandone el puesto.

—Por tanto, nosotros nos quedamos aquí para ayudarle, ya que el trabajo le resulta agobiador y fatigoso.

Era sólo un eufemismo. La realidad era que venían a vigilar a Thorpe, dedujo Gilgan en el acto.

—Yo no... Bueno, hay tipos que pueden hacerlo tan bien como yo... —dijo Thorpe desesperadamente.

—Usted se quedará aquí —decretó uno de los sujetos.

La puerta continuaba todavía abierta. Gilgan la cerró de golpe.

—¿Qué pasaría si el señor Thorpe persistiera en su actitud? —preguntó.

La sorpresa de los dos individuos fue enorme. Ambos se volvieron al mismo tiempo y los dos, también simultáneamente, metieron sus manos en el lado izquierdo de las respectivas chaquetas.

Eran dos matones, la apariencia resultaba inconfundible.

—¿Quién es este tipo, Thorpe? —preguntó uno de ellos, sin mirar siquiera al dimitido gerente del Black Cactus.

—Me llamo Gilgan —contestó el joven—. Thorpe, ¿los conoce usted?

—Sólo a uno de ellos. Se llama Benny Truro.

—Mi nombre es Haid Larson —se presentó el otro pistolero.

—No es un placer conocer a dos rufianes como ustedes, aunque sí lo es recordarles que estamos en un país libre y que cualquiera puede libremente tomar un empleo y abandonarlo cuando lo cree conveniente. Por tanto, si el señor Thorpe quiere irse, se irá —dijo el joven, tajante.

Hubo una pausa de silencio.

Truro y Larson parecían asombrados de la osadía del joven. Cambiaron una mirada de inteligencia y luego Truro dijo:

—Me parece que este chico no sabe lo que se dice.

—Deberíamos de hacerle cambiar de opinión —apuntó Larson.

—Sí; es lo mejor, Haid —convino Truro.

Y sacó la pistola.

En el mismo momento, un brazo izquierdo se disparó como una serpiente al atacar. La mano de Gilgan atrapó la muñeca de Truro y la retorció brutalmente.

El hampón lanzó un grito de angustia. Con la otra mano, bien cerrada, Gilgan golpeó las narices de Truro, quien se puso de rodillas en el acto, para cuidarse exclusivamente de su recién fracturado tabique nasal.

Larson lanzó una horrible maldición y también sacó su pistola, a la vez que daba un paso atrás.

—¡No me toque o le mato! —gritó.

El pie de Gilgan atrapó una silla y la despidió hacia delante con terrible violencia. Larson trastabilló, mientras el arma saltaba de su mano.

Gilgan cayó sobre él. Larson intentó golpearle, pero su puño pareció golpear en un muro de cemento. Antes de que pudiera rehacerse, se sintió girar sobre sí mismo.

Los fuertes brazos de Gilgan se dispararon como sendas catapultas. Larson corrió tres o cuatro pasos antes de estrellarse con tremenda violencia contra la pared.

Se oyó un rugido inhumano. Larson rebotó y cayó al suelo, medio atontado, gimiendo sordamente.

Truro se levantaba en aquel momento, con movimientos todavía torpes. Gilgan conectó su puño derecho con la mandíbula del sujeto. Después de un pequeño vuelo, Truro cayó sobre una silla, la rompió y quedó sin conocimiento en el suelo.

Thorpe le contemplaba lleno de admiración.

—Es usted un ciclón —dijo.

—Tengo alergia a los rufianes —contestó Gilgan—. Bien, ya se puede marchar, Thorpe... Ah, una cosa.

—Sí, señor.

—Esos dos tipos, ¿han venido por orden de Robson?

—Probablemente, sí; aunque uno de ellos, y es de suponer que también el otro, pertenece a cierta llamada Agencia Drunnis.

—Agencia, ¿de qué, Thorpe?

—Drunnis es mi tipo que facilita matones a quién se lo pide. Y puede pagarlo, claro. Oficialmente, es una agencia de investigaciones.

—Entiendo —Gilgan sonrió—. El asunto se complica más a cada día que pasa, aunque también, por otro lado, se van viendo más cosas claras. ¡Suerte, Thorpe!

El aludido escapó a la carrera.

—Le aseguro que un campeón olímpico de los cien metros, a mi lado, va ser una tortuga —dijo, a la vez que salía de estampía.

Gilgan contempló a los sujetos caídos durante un instante. Pensó en la conveniencia de hacer una visita a la Agencia Drunnis, pero antes tenía que volver a Gilgan Manor, en donde deseaba hacer algo que reputaba imprescindible antes de continuar sus investigaciones.

—James, tengo que pedirte un favor —dijo el joven, apenas estuvo de vuelta en el viejo hogar.

—Sí, señor; lo que *milord* diga —contestó el mayordomo.

—Tú fuiste a visitarme a Wandsworth en más de una ocasión. Recuerdo que en una de las primeras visitas me dijiste que habías recortado todo cuanto los periódicos y las revistas habían publicado sobre el caso.

—Así es, *milord*; tengo todos los recortes guardados en una carpeta...

Gilgan sonrió.

—Eso es precisamente lo que quiero, mi buen James, tu carpeta de recortes —manifestó.

—La traeré enseguida, *milord*.

James volvió poco después con una abultada carpeta en las manos. Gilgan se arrellanó en un sillón, desde el que se contemplaba una espléndida vista del parque que rodeaba la mansión, y empezó a hojear los recortes de prensa que había allí en gran número.

—¿Desea algo más, *milord*? —preguntó el mayordomo.

—Sí, por favor, un jerez, James.

El mayordomo colocó la copa en una mesita contigua y luego se retiró discretamente. Gilgan se abstraigo en la lectura, que estimaba conveniente, ya que de aquellos recortes podía acaso extraer nuevos datos que le sirviesen para el mejor logro de sus propósitos.

Diez minutos más tarde vio una fotografía. Había en ella tres personas al pie de un ataúd, y tenían un aspecto muy afligido. Sus vestidos eran de luto.

El pie de la fotografía decía:

«Los padres de la difunta Dannie Sholton y su hermana Beatrice, durante el funeral celebrado en el día de ayer, poco antes del entierro en el cementerio de la localidad de New Oak, donde había nacido la interfecta».

Gilgan lanzó un resoplido.

—Ahora lo comprendo —dijo—. Bea era hermana de Dannie.

En la fotografía, la muchacha aparecía con seis años menos, aunque ya apuntaba la belleza que luego haría explosión. Pero ¿por qué usaban apellidos distintos?, se preguntó.

Bea le explicaría el misterio, se dijo. Cerró la cartera, el resto del contenido ya no le interesaba.

James entró en aquel momento.

—Perdón, *milord* —dijo—. *Lady* Stella Yardbrough le llama por teléfono.

CAPÍTULO VI

Gilgan arqueó las cejas.

—¿*Lady* Stella? —exclamó—. ¿Qué querrá de mí esa buena señora?

—No lo ha dicho, *milord*. *Lady* Stella asegura que es personal —contestó el mayordomo.

—Está bien, la atenderé en el acto —Gilgan se puso en pie—. Supongo que no me llamará para felicitar me por haber salido de la cárcel.

Abandonó la salita y pasó al despacho. Tomó el teléfono y dijo:

—Es un placer saludarla, *lady* Stella. ¿Puedo servirle en algo?

—Muchacho, cuánto me alegro de oír tu voz. No sabes lo que celebro verte nuevamente en la calle —sonó una risita—. Bueno, eso de verte era solo una frase. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente; muchas gracias, *lady* Stella.

Gilgan se sentía perplejo. Conocía a la dama desde hacía bastantes años y sabía que el título provenía de su difunto esposo. Stella Yarbrough, calculó, debía de rondar ahora los cincuenta años y, por lo que sabía, había sido siempre una mujer de poderoso atractivo físico. Incluso en su madurez había despertado más de una pasión volcánica, que había sido causa de que su nombre apareciese más de una vez en las revistas especiales de chismes de sociedad.

«Y hasta en alguna revista no destinada precisamente al público corriente», pensó Gilgan.

—Escucha, Jack —dijo la dama—. Sé qué has salido de la cárcel y que, en donde estabas empleado, no querrán ni mirarte a la cara siquiera. ¿Querrías tú aceptar un buen empleo, que yo te ofrezco sinceramente?

—Oh —Gilgan se quedó cortado unos momentos—. ¿Un empleo, *lady* Stella?

—Sí. Yo tengo, por herencia de mi esposo, unas posesiones en Nueva Zelanda. El administrador es ya viejo y quiere retirarse. He pensado que tú podrías desempeñar muy bien ese puesto. A mi parecer, unos años ausente de Inglaterra te sentarían bien, aparte de que entre el sueldo y los beneficios podrías reunir un bonito capitalito.

—Señora... *lady* Stella... —Gilgan no sabía qué decir; la oferta le había cogido desprevenido por completo—. ¿No podría usted aguardar unas cuantas semanas?

—¿Mucho tiempo, Jack?

—No puedo asegurar nada todavía, *lady* Stella. Y tampoco, por otra parte, me siento muy inclinado a abandonar el país. Ya sé que tendré dificultades al principio, pero creo que podré superarlas.

—Mi oferta es sincera, Jack.

—Lo sé, *lady* Stella, y créame que se lo agradezco con no menor sinceridad. Pero ahora, hablando francamente, no puedo.

—Lo siento, Jack. Tendré que buscar otro administrador. Confieso había pensado en ti como el hombre ideal para ese puesto, pero ya que no quieres aceptar...

—Créame que lamento infinito defraudarla, *lady* Stella. Y, repito, le quedo muy agradecido por su noble actitud.

—Me pareció justo. Adiós, Jack, me alegro de que estés bien.

—Adiós, *lady* Stella.

Gilgan volvió el teléfono a la horquilla, preguntándose qué diablos de idea le habría dado a *lady* Stella Yardbrough para ofrecerle el que parecía un estupendo empleo. Años atrás, bastantes, los ojos de la dama le habían mirado con un muy distinto interés. Gilgan sabía que *lady* Stella tenía predilección por los hombres jóvenes y apuestas; cuanto más jóvenes, mejor.

Tal vez se debía a la simpatía que él había inspirado a la dama en el pasado. Como fuera, era la única persona que se había mostrado dispuesta a ayudarle después de haber salido de presidio y el gesto era digno de todo agradecimiento.

Pero, por el momento, su verdadero interés se centraba en encontrar al asesino de Dannie Sholton. Mejor dicho, al hombre que había ordenado su muerte.

—De modo que *lord* Gilgan se está convirtiendo en una molestia

permanente.

—Sí —contestó Duke Robson—. Demasiada molestia, a decir verdad.

—Entonces, habrá que hacer algo para suprimir esa molestia, ¿no le parece?

—He intentado la intimidación, pero no es hombre que se asuste fácilmente.

—Lo sé. Yo también confiaba en ello, pero veo que no hemos acertado. Duke, usted conoce a gente. Encárguese de ese asunto. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Desde luego.

—Y evite los fallos o dejará de ser el dueño de Toby's.

Eso no le convendría, ¿verdad?

—Hombre...

—Ya hemos hablado bastante. Ahora sólo espero la noticia de la definitiva retirada de *lord* Gilgan de la circulación.

—Sí, señ...

Sonó un «click». Robson colgó el teléfono disgustadamente.

Aquel condenado *lord* Gilgan no le dejaría dormir tranquilo hasta que quedase eliminado. Robson había podido darse cuenta de que *lord* Gilgan era un sujeto testarudo y que intimidarlo con palabras e incluso con algún buen susto no sería suficiente.

Por tanto, sólo quedaba una solución.

Volvió a levantar el teléfono y marcó un número. A los pocos segundos escuchó una voz de tonos chirriantes:

—Basil Drunnis. Hable, por favor.

—Hola, Basil; soy Robson. Tengo que encargarte algo.

—Habla, Duke.

—Se llama *lord* Gilgan.

Hubo una corta pausa de silencio.

—Has dicho *lord* Gilgan —repitió Drunnis al cabo de unos segundos.

—Exactamente, Basil.

—Un tipo peligroso.

—Lo sé. Tú sabrás encontrar la solución para que deje de serlo, Basil.

—Este encargo no será como los otros. Costará...

—¿Cuánto, Basil? —preguntó Robson con avidez.

—Justamente el doble de la tarifa normal.

—¡Diablos!

—Escucha, *lord* Gilgan no es un cualquiera. Aquel asunto hizo mucho ruido. Hay personas que todavía no creen en que él fuese el asesino de Dannie Sholton.

—Eso ya lo sé...

—Precisamente, Duke. Cumplimentar tu encargo será cosa de mucho ruido. Se necesita discreción, sobre todo, y eso sólo lo puede conseguir un especialista.

—Hombre, ya me lo imagino —masculló Robson.

—Y los especialistas no son nada baratos. ¿Comprendes?

Robson se resignó.

—Conforme, tarifa doble —aceptó finalmente.

—Envía el dinero cuanto antes. Y ya puedes dar tus problemas por resueltos, Duke.

Robson sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente después de terminar la conversación telefónica. «¡Qué ganas tengo de quitarme de en medio a ese condenado entrometido!», pensó.

Basil Drunnis marcó un número de teléfono. Una voz masculina, pero de tonos afilados, respondió a los pocos momentos:

—Cord.

—¿Qué tal, Lethie? —saludó Basil Drunnis.

—Muy bien, Basil. ¿Algo en perspectiva?

—Sí. Máxima urgencia y también máxima discreción. Precio doble.

—De acuerdo. ¿Su nombre?

—*Lord* Gilgan.

Hubo un momento de silencio, Lethie Cord callaba.

—¡Lethie! —llamó Drunnis, impaciente.

—Estoy aquí —respondió Cord—. A ese precio doble añádele un cincuenta por ciento más.

—Pero ¿qué te has...?

—Basil, nos conocemos —dijo Cord, inflexible—. Tú has pedido precio doble, lo que significa que cobrarás dos mil y me darás la mitad. Quiero mil quinientas libras. ¿Está claro?

—Hombre...

—Voy a iniciar la cuenta atrás, a partir de cinco. Si cuando llegue al cero no has aceptado, tendrás que olvidarme. Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¡Acepto! —exclamó Drunnis presurosamente.

A través del teléfono sonó una risa baja y siniestra.

—Está bien, envíame el dinero. Quiero tenerlo en la mano —pidió Cord—. Y despreocúpate ya del problema.

Drunnis lanzó una maldición. Cord le conocía bien; su ganancia de mil libras, se había reducido a la mitad.

Pero tampoco quinientas era una cifra para desdeñar, máxime cuando iba a ganarlas sin más que un simple golpe de teléfono.

Su secretaria le avisó en aquel momento a través del interfono:

—Señor Drunnis, tiene una visita.

—Ahora no puedo —contestó el sujeto malhumoradamente—. Estoy muy ocupad...

Una voz de hombre, de tonos alegres, brotó por el altoparlante del comunicador.

—¿Tan ocupado está que no puede recibir a un expresidiario llamado Aulnace Gilgan?

Drunnis pegó un salto en el asiento.

—Lo... *lord* Gilgan —repitió, pasmado.

—El mismo. Ahora mismo entraré a verle, Basil.

—¡No! Insisto en que estoy ocupado. Vuelva otro día.

Drunnis cortó la comunicación. Luego se levantó, corrió hacia la puerta del despacho y cerró con llave. Sudando copiosamente, se apoyó en la madera, diciéndose que durante unos días estaría ausente de Londres. Sabía perfectamente lo que les había pasado a sus esbirros y no sentía el menor deseo de recibir un tratamiento similar.

Sin inmutarse por la negativa, Gilgan se volvió hacia la secretaria y le dirigió la mejor de sus sonrisas.

—¿Por qué no se va a tomar una taza de té al bar de la esquina? —sugirió, a la vez que se apoyaba su consejo con un billete de cinco libras.

La chica sonrió y le guiñó un ojo. Abombó el busto y dijo:

—Acepto encantada, pero me gustaría hacerle saber que salgo a las cinco en punto de la tarde, *lord* Gilgan.

—Ya lo sé —contestó él.

La secretaria agarró su bolso y salió. Gilgan se dirigió a la puerta y estudió la madera unos instantes.

De repente, disparó el puño. Se oyó un estrépito tremendo, cuando parte del panel saltó en astillas.

Dentro del despacho sonó un chillido de pánico. Drunnis, que estaba todavía en la puerta, se separó de ella, pegando un salto que le llevó al centro de la estancia.

Tranquilamente, Gilgan metió una mano a través del hueco, hizo girar la llave y abrió.

—Lamento interrumpir sus numerosas ocupaciones, pero necesitaba hablarle con urgencia —se disculpó.

Drunnis, aterrado, se había refugiado detrás de su mesa de trabajo.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó—. No tengo nada que decirle, *lord* Gilgan. Váyase o llamaré a la policía...

El joven se sentó en un ángulo de la mesa y se dedicó a contemplarse las uñas de sus manos.

—Ahí tiene el teléfono —indicó—. Llámela, especificando que quiere hablar con el inspector Barstow, quien nunca creyó que yo fuese el asesino de Dannie Sholton. Es probable que el inspector asista muy complacido a nuestro diálogo.

—No... no sé nada de ese asunto... —tartamudeó Drunnis.

—¿Tampoco sabe nada de la muerte de Abe Rafferty?

—Un ajuste de cuentas. Yo no he tenido nada que ver con eso. Yo dirijo una honrada agencia de investigaciones...

—En cuya nómina figuran dos pistoleros llamados Benny Truro y Haid Larson. ¿Le han contado ya lo que pasó en el Black Cactus?

—Ellos no querían hacerle daño a Thorpe. Sólo pretendían asustarlo un poco para que se quedase... Thorpe debía dinero y pretendía irse sin pagarlo...

—¿A quién debía dinero?

Drunnis permaneció silencioso.

—¿A Robson, tal vez? —dijo Gilgan.

—¿Por qué no se va de una maldita vez? —chilló Drunnis descompuestamente—. Usted y yo no tenemos...

—Basil, por encima de Robson hay otra persona. Dígame su nombre y me iré.

—No lo sé, pero tampoco se lo diría aunque lo supiera. Pregúnteselo a él si quiere, ¿me ha entendido?

Gilgan miró a su asustado interlocutor. Quizá era sincero, se dijo.

—Está bien, me iré —dijo al cabo—. Pero le voy a hacer una advertencia, Basil.

El otro apretó los labios. Gilgan continuó:

—No me molesten. Quiero demostrar mi inocencia y no se vayan a creer que todo está arreglado con asustarme o matar a un tipo como Rafferty. Seguiré hasta el final y usted lo pasará pésimamente, se lo aseguro.

Gilgan se apeó de la mesa. Drunnis estaba todavía en pie, al otro lado, con la cara brillante de sudor.

De súbito, Gilgan agarró la mesa con ambas manos y la volcó de golpe. El mueble cayó sobre Drunnis, quien, desprevenido, no había tenido tiempo de apartarse.

Drunnis empezó a chillar.

—Quíteme esto de encima...

Gilgan se dirigió hacia la puerta. Desde allí se volvió hacia el interior y, aunque no podía ver más que las piernas del sujeto, dijo:

—Basil, tenga en cuenta una cosa: si no se está quieto, puede que algo mucho más pesado le caiga encima y lo deje tan plano como una oblea.

Gilgan abandonó la supuesta oficina de investigaciones y se preguntó cómo podría encontrar a Bea Benbury.

Hacía días que no veía a la muchacha. Se le ocurrió que tal vez ella estuviese en su residencia habitual.

CAPÍTULO VII

Era un pueblo encantador, situado a la orilla de un pequeño río, bordeado de árboles de frondosa copa. El verde de los prados, bajo el sol, brillaba refulgentemente.

A Gilgan le pareció lógico que Bea gustase de vivir en New Oak.

«En una ciudad como Londres se ahoga uno», pensó mientras atravesaba la aldea a marcha moderada.

A quinientos metros de la salida, detuvo el coche que había alquilado en Londres y se apeó. Había una casita pintada de blanco, con el techo rojo y azules los marcos de puertas y ventanas. Estaba rodeada de un pequeño jardín, en el que se veía a una atractiva muchacha, cuidando de un gran rosal.

Bea estaba encantadora, con un pañuelo amarillo a la cabeza, una blusa de manga corta, pantalones azul mecánico y gruesos guantes para protegerse las manos de las espinas. Gilgan se apoyó en la cerca y contempló la escena con la sonrisa en los labios.

—Es una lástima que no tenga a mano una cámara —dijo—. Obtendría una fotografía digna de ganar un concurso.

Bea alzó la cabeza y le vio.

—¡*Lord* Gilgan! —exclamó, sin poder ocultar su sorpresa.

—Jack para los buenos amigos, recuérdelo —dijo él.

Bea dejó a un lado las tijeras y los guantes y avanzó hacia Gilgan.

—¿Cómo ha sabido que yo vivía aquí? —preguntó.

—No me resultó difícil —contestó el joven—. Espero que mi visita no la moleste, Bea.

—Por supuesto, pero... —Bea se mordió los labios—. ¿No quiere pasar a casa? Le daré una taza de té...

—Prefiero pasear por los campos. El ambiente es muy agradable. Tomaremos el té a la vuelta.

—Muy bien, de acuerdo; pero espere a que me cambie de ropa,

Jack.

—¿Para qué? Así está bien, estupendamente bien, Bea.

Ella se ruborizó.

—Por lo menos, déjeme decirle a mamá que voy de paseo con usted —pidió.

—No hay inconveniente.

Bea corrió hacia la casa. Mientras, se quitó el pañuelo, con lo que sus largos cabellos negros quedaron sueltos, flotando al aire. Una estampa llena de gracia y encanto, pensó Gilgan.

La muchacha volvió instantes después.

—Cuando guste, Jack —dijo, al mismo tiempo que abría la puerta de la cerca.

Echaron a andar por un sendero que conducía a un bosque cercano. El sol se filtraba a veces con dificultad entre las ramas de los árboles. Reinaba un silencio absoluto. La tranquilidad era tonificante, calmaba los nervios simplemente la contemplación del atractivo paisaje.

El suelo estaba cubierto de una espesa capa de hierba. De pronto, cambiando la conversación, que había tratado de temas sin importancia, Bea dijo:

—Jack, presiento que usted no ha venido solo para ver mi cara más o menos agraciada. ¿Me equivoco?

—¿Le parece poco motivo venir desde Londres para contemplarla a usted, Bea? —contestó él con acento ligero.

—Hable con un poco más de formalidad, Jack —pidió la muchacha—. ¿Para qué ha venido?

—Sencillamente, para conocer un pequeño enigma. El que se refiere al hecho de su parentesco con Dannie Sholton, cosa que usted ha callado en todas las ocasiones en que nos hemos encontrado.

La muchacha se apoyó en el tronco de un árbol, con las manos a la espalda.

—A mis padres no les gustaba mucho que se hablase de Dannie en casa —dijo, tras un prolongado silencio—. Les había causado una gran decepción con su conducta.

—Es comprensible, pero unos padres deben perdonar...

—Lo cual no excluye la decepción, Jack —atajó ella con voz firme.

—Los apellidos no coinciden. ¿Por qué?

—Dannie era divorciada. Naturalmente, usaba el apellido de su esposo.

—Entiendo. Pero ¿no venía nunca a hacerles una visita?

Bea movió la cabeza negativamente.

—Se marchó de casa cuando tenía veinte años —contestó—. Dijo que no le gustaba este ambiente y que prefería vivir sola y sin trabas.

—Muchas chicas piensan así. Pero ¿no pudieron convencerla sus padres de que...?

—No se sintieron con fuerzas para ello. Dannie no era hija suya. Gilgan se quedó estupefacto.

—Bea, no hablará en serio —exclamó.

—Completamente en serio, Jack —confirmó la muchacha—. Mis padres la adoptaron cuando sólo tenía unos meses. Yo nací siete años más tarde. Ellos llevaban ya cinco años de casados cuando adoptaron a Dannie y desesperaban de tener un hijo.

—Ahora lo entiendo. Bea, crea que lo siento.

—Gracias, Jack. Pese a todo, yo la quería mucho y no supe que no era mi hermana hasta que ya fui mayor y mis padres me contaron la verdad.

—Y por dicha razón, quiere encontrar al asesino.

—Fue un crimen repugnante, Jack.

—Según la ley, soy el culpable.

—No lo creo. Yo leí el reportaje que le hizo el periodista pocos días antes de salir en libertad, y ello me incitó a actuar. Dannie tendría sus defectos, no lo dudo, pero era buena en el fondo.

Gilgan no quiso objetar las últimas palabras de Bea, para no desilusionarla. Dannie estaba ya muerta y nada se podía hacer para volverla a la vida.

—¿Ha conseguido algo, Jack? —preguntó ella de repente.

—Le diré...

Gilgan no pudo decir nada. Unas uñas invisibles rasgaron el cuello de su chaqueta. Algo se clavó en el tronco del árbol con terrible fuerza.

La bala no le había rozado la piel siquiera, pero su calor traspasó la ropa. Gilgan, en una fracción de segundo, comprendió lo ocurrido.

Abrió los brazos, manoteó un poco, giró en redondo y se desplomó de bruces sobre la hierba.

Bea chilló, a la vez que se arrodillaba sobre él.

—¡Jack, Jack! ¡Conteste, se lo ruego!

—No estoy herido, Bea —dijo Gilgan a media voz—. Me han disparado con un rifle, probablemente con silenciador y mira telescópica. Mire con disimulo a ver si ve alguien, casi frente al árbol.

—Oh... entiendo, Jack —dijo ella, mucho más aliviada.

Levantó los ojos sin mover la cabeza. De pronto exclamó:

—Veo a un tipo que corre hacia la otra salida del pueblo, dando un rodeo por el lado norte... Ya ha desaparecido, Jack.

Gilgan se puso en pie de un salto.

—Dispénsame, Bea; pero voy a ver si alcanzo a ese sujeto —dijo.

Y echó a correr, con tal velocidad, que la joven se quedó pasmada.

Bea, tras una ligera vacilación, corrió tras Gilgan, aunque ya lo había perdido de vista. El joven siguió una ruta en línea recta que, aunque le haría pasar junto al borde norte de New Oak, le resultaría más corta que, sin embargo, la del tirador, a quién, lógicamente, no interesaba ser visto de ningún modo.

En cambio, Gilgan pasó en ocasiones a menos de cien metros de las casas del borde. Siguió corriendo y pronto divisó un camino lateral, que iba a dar a la carretera que pasaba por New Oak.

Había gran cantidad de arbustos y maleza a ambos lados del camino. A través de los ramajes, Gilgan divisó un automóvil pequeño de color azul claro.

Cuando llegaba al camino, vio a un hombre que se metía en el automóvil, un pequeño descapotable deportivo. Gilgan dio un tremendo salto, atravesó unos arbustos huracanadamente y se arrojó sobre el coche.

El desconocido le vio y en su pálido rostro se dibujó una expresión de temor. Sacó una pistola, pero un tremendo manotazo de Gilgan la hizo volar por el aire.

El motor, sin embargo, ya estaba en marcha. Se oyó un poderoso rugido cuando el asesino pisó el acelerador a fondo.

Gilgan resultó despedido a un lado y rodó un par de veces por el suelo, maldiciendo amargamente su mala suerte. Empezó a

levantarse y, en aquel momento, llegó Bea.

—¡Jack! ¿Se encuentra herido? —preguntó, muy asustada.

Gilgan se limpió maquinalmente el polvo de las ropas.

—No —contestó, mientras contemplaba al coche que se alejaba a gran velocidad, saltando en ocasiones de un modo tremendo, a causa del mal estado del camino—. He fracasado...

El joven se interrumpió de inmediato. La salida del camino estaba a menos de un cuarto de kilómetro y el coche del asesino se disponía a embocar la carretera, sin haber disminuido su velocidad.

En aquel momento, un enorme camión con remolque apareció en el cruce. Se oyó un ruido espantoso cuando el poderoso morro del vehículo de carga alcanzó al coche deportivo.

Primero lo lanzó rodando a diez metros de distancia, despidiendo a su ocupante, que dio varias vueltas por el suelo. Luego, impulsado por la inercia, y sin que los esfuerzos de su conductor diesen resultado, el camión alcanzó de nuevo al automóvil, lo arrastró, en medio de una nube de polvo, de la que salía un fragor horrible, y lo convirtió literalmente en un montón de hierros viejas. El inconsciente cuerpo del asesino quedó sepultado debajo de la chatarra.

Bea volvió la cabeza a un lado, horrorizada por la escena que acababa de presenciar. Gilgan tenía las facciones contraídas.

En medio de todo, era una lástima que el frustrado asesino hubiese muerto. Habría podido intentar perseguirle con su coche, pero después de lo ocurrido, ya no sabía abrigar esperanzas sobre la suerte que había corrido el sujeto.

De pronto, se volvió hacia la muchacha.

—Bea.

—¿Sí, Jack?

—Nosotros estábamos paseando tranquilamente por estos parajes. No sabemos nada del muerto ni de lo que hacía por aquí, ni mucho menos que intentase atentar contra mi vida. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

—Desde luego, Jack.

Gilgan lanzó una mirada hacia la carretera, adonde ya acudían los primeros curiosos, dispuestos a prestar ayuda a quién la necesitase.

—Vamos hacia allá, porque no sería discreto quedarnos aquí —

indicó—. Pero no se acerque demasiado, Bea; temo que el espectáculo que se va a ver allí no va a tener nada de agradable.

Horas más tarde, Gilgan se despidió de Bea. En medio de todo, no se iba de vacío: había conseguido averiguar el nombre de la víctima del accidente y su domicilio en Londres. Todos suponían que se trataba de un cazador, ya que se habían encontrado en los restos del coche un rifle destrozado, pero sólo Gilgan sabía que, en realidad, había sido un asesino profesional.

CAPÍTULO VIII

El piso estaba solitario, lógicamente. Gilgan huroneó por todas partes, sin conseguir encontrar nada positivo.

Resultaba claro que Lethie Cord había sido un sujeto cuidadoso. No había allí el menor rastro que pudiese delatar su profesión de asesino a sueldo.

Era fácil imaginarse quién había pagado a Cord por matarle. Demostrarlo ya era un poco más difícil.

Un tanto defraudado, se dispuso a abandonar el piso. Hacía mucho rato ya que había anochecido y cruzó la salita inmediata a la entrada. De pronto, oyó ruido de una llave en la puerta.

Inmediatamente, apagó la luz y se echó a un lado. La puerta giró y una persona entró en la casa.

Una voz femenina sonó casi en el acto:

—¡Lethie! ¿Estás ahí? Soy Peggy...

La puerta se cerró de pronto y Gilgan dijo:

—Lethie no está en casa y dudo mucho que vuelva, señorita.

Ella se volvió, dando un grito de susto. Gilgan encendió la luz y vio delante de sí a una mujer, todavía joven, bastante guapa y de formas ampulosas, aunque de rostro un tanto vasto.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en una casa que no es la suya? —preguntó ella agresivamente.

—Me llamo Gilgan —respondió el joven—. Estoy aquí porque me interesa. ¿Y usted? ¿Cuál es su nombre? ¿A qué venía a ver a Lethie?

La mujer advirtió un cierto tono imperativo en la voz de Gilgan. Casi en el acto, supo que era imposible no responder a las preguntas que le habían sido formuladas.

—Me llamo Peggy Anderson y soy muy amiga de Lethie —contestó—. Solemos reunirnos una vez por semana... Yo tengo una llave del piso y...

—Eso ya lo sé. ¿Qué clase de amistad le une con Lethie?

—Hombre, imagínese —respondió Peggy con desparpajo—. Es un buen chico y nada tacaño.

—Lo de buen chico, habría que discutirlo. Pero sí puedo admitir que nunca fue tacaño.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Peggy, muy pálida.

—Lethie ha muerto. Su coche se metió debajo de un camión de veinte toneladas.

Peggy vaciló. Gilgan creyó que iba a caerse y la hizo sentarse en un sillón.

—Es... imposible... —murmuró ella.

—Yo lo he visto —dijo Gilgan, mientras de una botella que había en las inmediaciones vertía licor en un vaso, que entregó a la mujer—. No bromeo, Peggy —añadió.

Ella bebió unos sorbos.

—Ha sido un golpe muy fuerte —dijo luego—. No acabo de creerlo, pero usted parece hablar en serio...

—Así es, Peggy. Dígame, ¿cuál era el trabajo de Lethie?

—Bueno, nunca lo supe; él era muy reservado para ciertas cosas. Sé que ganaba bastante dinero... Me imagino que no serían cosas muy... muy decentes, pero, en todo caso, yo nunca tuve que ver con sus trapacerías. Lo que él hacía cuando no estábamos juntos no era de mi incumbencia.

—Eso ya me lo imagino; pero ¿nunca le dijo qué hacía ni quién era, por llamarlo así, su patrón?

—Una o dos veces le escuché el nombre de un tal Drunnis, pero eso es todo lo que sé. Oiga, ¿qué es lo que pretende usted? ¿Acaso es un poli?

Gilgan sonrió.

—No —contestó—. Yo debía haber sido hoy una más de las víctimas de Lethie. Era un asesino profesional.

Peggy se puso lívida.

—Imposible —dijo, muy turbada.

—Algún día tendrá ocasión de comprobarlo —respondió Gilgan—. De todas formas, con el nombre que me ha dicho tengo suficiente.

—Lethie, un asesino...

Gilgan estaba ya en la puerta.

—Los asesinos profesionales no suelen morir en la cama —se despidió de la aturdida mujer.

Mientras bajaba la escalera, se dijo que no había adelantado gran cosa. Que Lethie Cord había recibido de Drunnis la orden de darle muerte, era cosa que se había imaginado desde el primer momento.

Pero ¿quién había hecho el encargo a Drunnis?

Era ya demasiado tarde para ir al

Toby's

y encontrarse con su dueño, se dijo.

Gilgan acudió al

Toby's

al día siguiente. Allí se encontró con algunas sorpresas.

Una de ellas era Bea Benbury, ataviada de la misma forma que la había visto el día que se conocieron. La chica parecía muy interesada en apostar unas libras a la ruleta y Gilgan no quiso molestarla, y no dar a entender la relación que existía entre ambos.

La segunda sorpresa se llamaba *lady* Stella Yardbrough.

Lady Stella era una mujer alta, corpulenta, de vasto seno y pomposas caderas, estrechamente ceñidas por un ajustado vestido de tejido plateado. La prenda carecía de espalda y el escote, harto generoso, habría sentado maravillosamente bien a una jovencita, pero a ella casi la hacía aparecer ridícula. No obstante, Gilgan sabía que *lady* Stella había despreciado siempre los convencionalismos; nunca le habían importado las murmuraciones de la gente y menos ahora, libre e independiente.

Gilgan y la dama casi se tropezaron. Los ojos de Stella chispearon al reconocerle.

—¡Jack, querido! ¡Qué sorpresa verte por aquí! —exclamó afectuosamente, a la vez que le tomaba por los hombros para besarle en ambas mejillas con gran estrépito—. Estás guapísimo... Bueno, no quiero seguir, de lo contrario Dino se va a sentir celoso...

Stella lanzó una risita maliciosa. Gilgan contempló especulativamente al individuo que se hallaba junto a la dama y que no tenía siquiera la mitad de los años de *lady* Stella.

Era un tipo delgado, con melenas y barbita negra, de tez pálida, casi olivácea, y mirada escasa en amabilidad. Conociendo a *lady*

Stella, Gilgan imaginó en el acto el papel del sujeto junto a la dama.

—Éste es Dino Gouloni, Jack —presentó ella—. Mi protegido, en los momentos actuales. Un día será el más famoso de los pintores y quiero para mí la gloria del descubrimiento de su arte. Dino, éste es *lord* Gilgan.

—Comprendo, *lady* Stella. Encantado, señor Gouloni.

—¿Qué tal? —saludó fríamente el pintor.

A Gilgan le parecía que Gouloni no revolucionaría precisamente la pintura, pero no quiso desilusionar a ninguno de los dos.

—*Lady* Stella me comunicará la fecha de su próxima exposición, señor Gouloni. Le prometo asistir con gran gusto.

Gouloni se inclinó.

—Será un placer para mí enviarle una invitación, *lord* Gilgan —manifestó Dino.

Stella le dio al joven un amistoso cachetito en una mejilla.

—Bien, nos veremos otro día, Jack. Que te diviertas —se despidió.

Lady Stella y su acompañante se alejaron. Gilgan respiró aliviado.

—Los hay con el estómago de un avestruz —murmuró, pensando en Gouloni.

En aquel momento, Gilgan recibió la tercera sorpresa de la noche.

Se llamaba May Exthin y era más o menos de su edad, además de muy hermosa. A Gilgan le chocó ver en el rostro de su antigua amiga ciertos síntomas que le desagradaron en el acto.

May tenía los ojos muy brillantes, febriles, podía decirse, y las mejillas un tanto hundidas. Siempre había sido una mujer de sanos colores, incluso opulenta, pero ahora se le veía un busto flácido y hasta se percibían los huesudos salientes de los hombros.

A Gilgan le extrañó profundamente aquel cambio. ¿Estaba enferma May Exthin?

Iba a acercarse a ella cuando, de pronto, vio que May giraba un poco y se encaraba con un individuo al que reconoció en el acto: Slim Cooper.

May parecía pedirle algo. Cooper sacó una caja de cigarrillos y le ofreció uno, que ella se puso en la boca con dedos temblorosos. A

continuación, le dio fuego.

Gilgan observaba la escena con gran interés, sin percatarse de que, a su vez, los ojos de Bea no le abandonaban un solo instante. Cooper entregó la caja de cigarrillos a la joven, quien pareció rechazar el ofrecimiento un instante, para aceptar el obsequio en el siguiente momento.

La expresión de May cambió. Gilgan se dio cuenta de que la joven parecía ahora mucho más aliviada. Asombrado, se preguntó si la caja contenía solamente cigarrillos.

May se dirigió hacia la salida. Gilgan observó que, a pesar de todo, los pasos de la joven no eran demasiado seguros. La mano que sostenía el cigarrillo temblaba perceptiblemente, lo que no podía achacarse sólo a los naturales movimientos de la marcha.

Gilgan siguió a la joven, quien no tardó en abandonar el Toby's.

May salió a la calle y dobló a la izquierda. Un poco más allá, había una explanada donde estacionaban los coches los clientes del hotel.

May se metió en uno de los coches, pero en el asiento posterior. Las sospechas de Gilgan aumentaron.

Prudentemente, dio la vuelta y miró a través de una de las ventanillas del automóvil, procurando no ser visto. Un poco de luz llegaba al interior del coche, de modo que pudo contemplar todo a la perfección.

Y May abrió la caja de cigarrillos y palpó unos cuantos, hasta elegir tres determinados. Gilgan vio que rompía el papel de uno de ellos y que tiraba el tabaco de los extremos, dejando a la vista un delgado tubito de vidrio.

Las temblorosas manos de May abrieron el bolso, del que salió una jeringuilla de inyecciones. Después de cargarla con el contenido de los tres tubos, May se subió la falda casi hasta las caderas, soltó los broches de una de sus medias y acercó la aguja a la blanca carne del muslo.

Gilgan abrió la puerta en aquel momento.

—Te estás matando a ti misma, May Exthin —dijo.

La joven lanzó un agudo chillido de susto.

—¿Qué...? ¿Quién es? —dijo, aterrada.

—Jack Gilgan.

Los ojos de May le contemplaron entre suplicantes y coléricos.

—¿Por qué me interrumpes, Jack? —se quejó—. Vete, déjame sola.

Gilgan sacó su encendedor y lo acercó a la pierna de May. La luz de la llama iluminó huellas de numerosos pinchazos.

—May, May, ¿es que no te das cuenta de que, si sigues así, no vivirás más allá de dos años y que morirás de la forma más horrible que puedas imaginar?

—Déjame, déjame —pidió ella con voz sorda—. Éste no es asunto tuyo, Jack.

La jeringuilla temblaba visiblemente en la mano de la joven.

—Te conocí hermosa, rebosante de salud y de vida —dijo él, implacable—. Ahora, a tus treinta años, eres una ruina física, un despojo humano. ¿Es que no te miras nunca al espejo? ¿No conservas siquiera una de tus fotografías de hace sólo unos pocos años, para que compares por ti misma?

—Jack...

—Fuimos muy buenos amigos en tiempos, May, incluso después de que te casaras con Richard Exthin. A mí no me pesó que le eligieras a él; tenías derecho a buscar tu felicidad. ¡Pero no tienes derecho a suicidarte lentamente!

—La vida no me ha tratado bien —se disculpó May débilmente.

—¿Por qué te diste a las drogas?

—Richard me abandonó —sólo sollozó la joven—. Yo estaba demasiado enamorada de él...

—Y primero bebiste, luego, sin duda, fumarías marihuana, y después, pareciéndote poco, recurriste a otras drogas más fuertes. Necesitabas un estímulo externo para recobrar ánimos, ¿no es cierto?

May guardó silencio. Gilgan meneó la cabeza, desilusionado.

—¿Compras la droga en el Toby's?

—inquirió—. Pero Richard no era un hombre rico. Tenía un buen empleo, eso sí, aunque no para pagarte una gran pensión, después de haberte abandonado. ¿De dónde sacas el dinero para pagar el nada barato precio de esas ampollas?

—¿No eres capaz de imaginártelo, Jack? —contestó ella, con risa amarga—. Aunque tú no lo creas, todavía gusto a los hombres. Bien,

el que tenga un capricho, que lo pague.

La aguja se clavó de pronto en la carne. May empujó el émbolo y la droga pasó al cuerpo.

Transcurrieron unos minutos. May inspiró profundamente.

—Me siento como nueva —dijo.

—Sí, pero ¿cuánto durará tu euforia?

Ella se encogió de hombros.

—Ya nada me importa —contestó, a la vez que abría la portezuela del automóvil. Miró por encima del techo a Gilgan y sonrió—. Jack, te agradezco el interés que sientes por mí. Ahora dispénsame, pero ando un poco corta de dinero.

—Sobre todo, después del gasto de esta noche.

—Tú lo has dicho —May se sentó tras el volante y dio el contacto—. Ganar dinero, para mí, no es ningún problema. Adiós.

El automóvil arrancó y Gilgan se quedó solo en la explanada. Al menos, eso creía.

La voz de Bea sonó de pronto a sus espaldas.

—Su amiga es una desgraciada, Jack —murmuró.

CAPÍTULO IX

—Y usted tiene toda la razón en lo que le ha dicho —añadió Bea, tras un par de segundos de pausa.

—¿Lo ha oído? —preguntó él, sin volverse.

—Casi por completo, Jack.

—Me da pena. May era hace seis años una muchacha encantadora, rebosante de vitalidad. No la engaño si le digo que me llevé una decepción cuando eligió al otro, aunque tampoco me quejé, porque sé que todo el mundo tiene derecho a su felicidad. Y ella creía que iba a ser feliz con su esposo.

—No debe de ser muy fuerte de carácter; por lo visto, no pudo soportar el choque que le produjo verse abandonada por el hombre en quién había puesto sus mejores ilusiones.

—No todos somos igual de fuertes, Bea.

—Sí, ya lo sé, y ella, en medio de todo, no es por completo culpable. Bien, ahora ya sabemos que en el Toby's

se trafica con drogas. ¿Qué piensa hacer, Jack?

Gilgan dirigió la vista hacia unas ventanas iluminadas, cuyos cristales translúcidos, sin embargo, no permitían ver más que las siluetas ocasionalmente.

—Me gustaría hacer una incursión —manifestó—. Pero las drogas, por supuesto, deben de estar muy bien escondidas.

—Indudablemente —convino Bea.

—Por lo tanto, lo mejor será que nos enteremos del lugar en que están guardadas.

—Robson no se lo va a decir, Jack.

—Eso ya lo sé —sonrió él.

—¿Cómo supo que May había comprado una dosis?

—La vi a poco de entrar y me chocó su aspecto demacrado, tan alejado del que tenía unos años antes. Primero me pareció enferma;

luego ya advertí otros síntomas, brillo excesivo de los ojos, temblor en las manos, y esto me dio mucho que pensar. Más tarde, la vi hablar con Cooper, uno de los hombres de confianza de Robson.

—Cooper fue quien le entregó la droga.

—Sí, en una inofensiva caja de cigarrillos. Algunos de esos cigarrillos no son sino la envoltura de sendas ampollas con la droga. May necesita ya tres ampollas para su dosis.

Bea se horrorizó.

—Está condenada —dijo.

—Habrá que llevarla a un centro de desintoxicación, pero hoy no accedería. Mañana o pasado, iré a hablar con ella y la convenceré de que debe intentar curarse.

—Hará usted una buena obra, Jack —aseguró Bea—. Pero antes de ir a ver a May piensa hacer otra cosa. ¿Puedo saber de qué se trata?

Gilgan se volvió hacia ella y sonrió.

—Más o menos, nuestros proyectos coinciden —dijo—. ¿Le gustaría acompañarme?

—No sé adónde piensa ir, pero no me lo perdería por nada del mundo —accedió ella, entusiasmada.

Slim Cooper llegó ante la puerta de su departamento, insertó la llave en la cerradura y abrió.

Encendió las luces. Un hombre y una mujer, él sentado, ella en pie, apoyada ligeramente en el respaldo del sillón, le contemplaron con la sonrisa en los labios.

—Adelante, Cooper —invitó Gilgan—. Está usted en su casa.

El hampón se rehízo de la sorpresa recibida.

—¿A qué diablos han venido aquí? —dijo, después de cerrar la puerta de un violento taconazo.

—La señorita Benbury y yo nos encontramos de repente sin tabaco y pensamos que nadie más adecuado que Slim Cooper para convidarnos a un cigarrillo.

—Usted se está burlando de mí —dijo Cooper de mal humor.

—El tabaco, por favor, que sea de la misma marca que el que usa May Exthin.

Cooper dio un respingo.

—No entiendo —dijo, muy nervioso.

—La caja de cigarrillos que usted le ofreció hace unas horas,

contenía ampollas con una solución de morfina. Yo mismo estuve viendo cómo la señora Exthin se aplicaba la inyección.

La cara de Cooper se puso gris.

—Esa estúpida —dijo entre dientes—. No puede probar nada —exclamó de repente.

—Sabía que diría una cosa por el estilo —contestó Gilgan, sin inmutarse—. Pero de usted depende que pueda probarlo o no.

—Me parece mentira que un hombre de su clase sea tan ingenuo —sonrió Cooper desdeñosamente—. ¿Cree que le diré algo? —Se tocó el lado izquierdo del pecho—. Tengo una pistola —añadió con acento significativo.

—Por lo visto, usted se ha olvidado ya de nuestra primera entrevista. Usted tenía una pistola y Faverio una navaja, pero ¿de qué les sirvieron las armas?

—Será mejor que se vayan —dijo Cooper con tono duro. De pronto, sacó la pistola y movió la mano—. Ahuequen, rápido.

—Slim, voy a darle una última oportunidad —dijo Gilgan, impasible—. Dígame usted dónde esconde su jefe las drogas. A cambio de eso, le permitiré que abandone Londres.

Cooper se echó a reír.

—Usted no está en condiciones de permitir nada. ¡Largo! —insistió.

Gilgan se puso en pie.

—Nos echa, Bea —dijo.

—Sí, me doy cuenta —contestó ella.

Echaron a andar. Cooper les vigilaba recelosamente.

De pronto, Gilgan, al llegar a la altura del rufián, se detuvo y miró a la muchacha.

—Bea, ¿no te parece que el inspector Barstow se retrasa demasiado? —consultó.

—Tendría que haber venido ya, en efecto —siguió ella la comedia.

Cooper se sobresaltó. Por un instante, sus ojos fueron hacia la puerta. Fue tan sólo una fracción de segundo, circunstancia hábilmente aprovechada por Gilgan.

La mano del joven se disparó como una serpiente, desviando la pistola de Cooper. Un puño se proyectó a renglón seguido, con indescriptible violencia, alcanzando al sujeto en pleno plexo solar.

Cooper trastabilló. Había perdido ya la pistola y su única solución estaba en los puños. Pero aunque era muy fornido, resultaba poco enemigo para Gilgan.

Los puños del joven martillaron repetidamente la cara y el cuerpo de Cooper, quien, no obstante y a pesar de que retrocedía casi continuamente, conseguía mantenerse en pie. Gilgan conectó finalmente un tremendo golpe en el hombro derecho de Cooper, haciéndole girar en redondo sin remisión.

Era la ocasión que Gilgan andaba buscando. Rápido como el pensamiento, agarró el brazo del hampón y se lo retorció a la espalda.

—Y ahora —dijo cortantemente— nos indicarás el escondite de las drogas o te romperé el brazo en mil pedazos.

Un hueso crujió alarmanamente. La cara de Cooper tenía ahora un pronunciado color cárdeno.

El dolor era insufrible. Cedió.

—Ha... blaré... —dijo entrecortadamente.

El edificio estaba a oscuras. Bea se sentía muy aprensiva.

—Jack, ¿crees que hacemos bien? —preguntó.

—¿Lo dudas? —sonrió él, mientras contemplaba especulativamente las ventanas del despacho de Robson.

—No, pero Cooper quizá...

—Le he dejado bien atado y amordazado. No avisaré a su jefe, créeme.

Ella suspiró.

—Me gustaría compartir tu optimismo —dijo.

—Y a mí no me agrada tu pesimismo en absoluto —retrucó él.

La ventana elegida quedaba un poco alta. Gilgan solucionó el inconveniente situando el coche muy pegado a la pared.

Luego trepó al techo. Sus hombros quedaban así a la altura del alféizar. Se puso de puntillas y, con un seco codazo, rompió uno de los vidrios.

El paso quedó abierto. Desde abajo, Bea exclamó:

—Eh, yo también quiero entrar.

—¡Curiosa! —la apostrofó él, sonriendo.

Ya estaba dentro del despacho. Bea subió al techo del automóvil y Gilgan la izó a pulso.

—No llevas unas ropas muy adecuadas para incursiones

nocturnas —dijo él.

—Es que no soy vidente, por eso no pude prever que esta noche entraría aquí como si fuese una ladrona.

—Bueno, ya estás adentro. Corre las cortinillas, por favor.

Bea obedeció. Gilgan buscó los interruptores con la llama de su encendedor. El despacho quedó iluminado.

—Bien —dijo él unos segundos más tarde—, ahora sólo falta comprobar si Cooper ha sido o no verídico.

—En sus circunstancias, le resultaba imposible mentir —aseguró la muchacha.

Benny Truro y Haid Larson se apearon del coche frente a la casa de Cooper. Truro miró a derecha e izquierda y vio la calle completamente desierta.

—Vamos —murmuró.

Los dos pistoleros entraron en el edificio. Mientras subían en el ascensor, Larson dijo:

—¿Crees que Cooper nos lo dirá, Benny?

—Seguro, Haid —rió el otro—. Lo encontraremos completamente dormido. La sorpresa le impedirá reaccionar. Imagínate el resto.

—Está bien. Ojalá salga todo cómo piensas.

—Haid, a Drunnis no sé qué le pasa, pero le he visto muy acobardado. Las cosas comienzan a ponerse mal. En el Black Cactus el negocio no marcha muy boyante. En cambio, en Toby's es todo lo contrario.

—Sí, eso es cierto —convino Larson pensativamente.

—Y Cooper, como hombre de confianza de Robson, sabe dónde está la caja fuerte. Sé que la tiene muy bien escondida.

—Pero desconocemos la combinación...

Truro soltó una risita.

—Tú deja que yo encuentre la «lata»; el resto es cosa mía —contestó con aire de suficiencia—. Allí hay siempre mucho dinero; seguro que no encontraremos menos de diez mil libras. Lo suficiente para largarnos del país y vivir fuera una temporada, hasta que todo se haya olvidado. Algunos creyeron descansar cuando murió Dannie Sholton, pero no sabían que entonces era cuando empezaban sus

verdaderas dificultades.

—En eso tienes razón, Benny —respondió Larson.

El ascensor se detuvo. Los dos pistoleros salieron corredor y se acercaron a la puerta del departamento de Cooper.

Truro fue el primero en abrir, ya con su pistola en la mano. El arma tenía un silenciador.

Larson entró tras él. La sorpresa de los dos sujetos fue enorme al ver a Cooper tendido en el suelo, atado y amordazado.

Truro se arrodilló junto al individuo y le quitó la mordaza.

—¿Qué diablos te ha pasado, Slim? —preguntó.

—Gilgan... ese condenado entrometido... —jadeó Cooper—. Suéltame, Benny...

Truro sonrió perversamente.

—Nada de eso, amiguito —dijo—. Para nosotros, es una feliz coincidencia encontrarte en esta situación. De este modo nos evitamos un trabajo.

Cooper empezó a sudar.

—¿Qué diablos quieres, Benny?

—Sólo una cosa, Slim: el emplazamiento de la caja fuerte de tu patrón.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Cooper sonrió.

—No tengo ganas de pasar un mal rato —dijo.

Y, mientras hablaba, disfrutaba de antemano con la sorpresa que los dos pistoleros iban a recibir.

—Muy bien —exclamó Truro, cuando Cooper hubo terminado de hablar—. Has sido muy amable con nosotros. Pero ahora, comprenderás que no tenemos ganas de que menciones nuestra visita.

Cooper empezó a chillar, pero los dos disparos que Truro le dirigió a la cara cortaron sus gritos en el acto.

CAPÍTULO X

Los dedos de Gilgan encontraron por fin el resorte situado en una de las molduras de la mesa. Hizo presión allí y un panel entero de la pared situada a la derecha se deslizó silenciosamente a un lado.

—¡Oh! —exclamó Bea—. Cooper fue sincero.

Gilgan se acercó a la pared.

—Sí, y Robson es muy astuto. Todo el mundo podría sospechar del escondite situado tras la mesa, pero a muy pocos se les ocurriría que está aquí —dijo.

Examinó la pared que había quedado al descubierto. Se divisaba la brillante superficie de una caja fuerte, empotrada en el muro y, junto a ella, la pantalla de un televisor, destinada, en apariencia, a vigilar el local, por medio de un circuito cerrado.

Gilgan hizo girar uno de los interruptores. La supuesta pantalla volteó en sentido lateral, dejando al descubierto un hueco repleto de paquetitos de aspecto inconfundible, así como varias cajas llenas de ampollas.

—Aquí hay más de doscientas mil libras en drogas —dijo el joven, momentos más tarde.

Bea asintió, sumamente impresionada por el descubrimiento.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jack? —preguntó.

—Es bien sencillo. Una llamada al inspector Barstow, dándole detalles de lo que hemos encontrado, bastará para poner a Robson en un apuro.

—Pero nos iremos antes de que venga, Jack.

—Por supuesto.

Gilgan volvió a dejar todo tal como estaba. Convenía que Barstow hiciera el descubrimiento por sí solo.

Luego se acercó a la mesa y levantó el teléfono.

—A Barstow le va a sentar como un tiro que le despierte a las

cuatro de la mañana —dijo sonriendo, mientras esperaba la respuesta que debía llegar del otro lado del hilo.

Momentos después, Gilgan volvía el teléfono a la horquilla.

—Bien, ya podemos marcharnos, preciosa —dijo.

—Por el mismo camino que a la llegada —sugirió ella.

—Desde luego.

Gilgan se dirigió a la ventana, tras apagar las luces. Descolgó a la muchacha y aguardó a que Bea estuviese en el suelo, pues no confiaba demasiado en la solidez del techo del automóvil, para soportar el peso conjunto de los dos. Entonces pasó una pierna por el antepecho y, en el mismo momento, oyó el ruido de la puerta que se abría.

Rápidamente abandonó la ventana, aunque la curiosidad le hizo quedarse allí, con los ojos a ras del antepecho. Notó que se encendían las luces y la curiosidad le hizo alargar una mano para entreabrir las cortinas.

Bea le llamó desde abajo:

—Vamos, Jack; el inspector...

Gilgan hizo una seña con la mano. Bea comprendió que algo sucedía en el despacho y aguardó expectante los acontecimientos.

Truro y Larson entraron en el despacho. Los ojos del primero fueron complacidos a la pared señalada por Cooper.

—Bueno, ahora veremos si ese tipo nos ha dicho la verdad —exclamó, mientras se acercaba a la mesa de despacho.

Encontró el resorte. Parte de la pared se deslizó a un lado.

—Pobre Cooper —dijo Truro, con fingido pesar—. Siempre estuve seguro de que su mejor virtud era la sinceridad.

Se acercó a la caja y la estudió durante unos segundos. Luego, con aire de suficiencia, se echó aliento en los dedos y empezó a manipular en la ruda rueda de la combinación.

Larson guardaba un silencio absoluto, apenas se atrevía a respirar. Gilgan contemplaba expectantemente todas las operaciones.

Pasaron unos minutos. De pronto, Truro oyó un ruidito característico.

—¡Lo he conseguido! —exclamó.

Larson dio un salto y se situó a su lado.

—Abre —pidió ávidamente.

La mano de Truro empuñó la manija. Hizo un movimiento de giro y luego tiró con fuerza hacia sí.

Un atronador huracán de fuego brotó de la caja. Truro y Larson murieron literalmente decapitados, sin enterarse siquiera de lo que había sucedido.

Gilgan se tambaleó y estuvo a punto de caer. Por fortuna para él, las espesas cortinas amortiguaron la mayor parte de la onda explosiva. Sólo sus pupilas resultaron un tanto dañadas por el violento resplandor del estallido.

Alarmada, Bea gritó:

—¡Jack! ¿Qué ha ocurrido?

Gilgan se deslizó al suelo casi a tientas.

—Conduce tú —indicó—. Yo estoy deslumbrado y veo muy dificultosamente.

Bea comprendió que debían alejarse de allí con la mayor rapidez posible. Empuñó el volante y arrancó a toda velocidad.

Al cabo de unos momentos, Gilgan se sintió un poco mejor. Ya podía ver con normalidad los contornos de las cosas.

—Por fortuna, no siento ambiciones monetarias —le dijo—. De lo contrario, a estas horas no lo estaríamos contando, Bea.

—¿Hubieras podido abrir la caja, Jack? —preguntó ella.

—Creo que sí. Un compañero de celda, profesional de esta clase de negocios, me enseñó cómo hacerlo. Yo pensaba que un día podría resultarme útil; tal vez me convendría hacerme con algunos documentos secretos, ¿comprendes?

—Sí, Jack, pero ¿qué es lo que provocó la explosión?

—Robson es un tipo precavido —contestó Gilgan—. Antes de marcharse de

Toby's

debió dejar conectado el mecanismo de ignición de la carga explosiva. De este modo, cualquier intruso moriría destrozado.

—Y a nadie se le ocurriría mirar en el supuesto televisor, que se diría estaba colocado allí para vigilar la estancia.

—Exactamente. Pero soy de la opinión de que la mayor parte de la potencia del explosivo estaba dirigida hacia adelante, lo cual significa que las drogas estarán intactas o poco menos. El vidrio de la pantalla habrá saltado, por supuesto, y Barstow no dejará de echar un vistazo en su interior.

—Lo cual supondrá un serio compromiso para Robson.

—Bien, no he sido yo el que ha organizado este jaleo —contestó él con indiferencia—. Robson ha vivido de y para el delito y es lógico que pague las consecuencias.

Bea asintió, muy pensativa. Gilgan tenía razón, pero se sentía preocupada por las posibles represalias que pudiera tomar Robson contra Gilgan, a quién no tardaría en suponer autor de sus desdichas.

Estaba afeitándose, al mediodía siguiente, pues se había acostado muy tarde, cuando llamaron a la puerta.

Receloso, Gilgan oteó a través de la mirilla. Un gesto de sorpresa se dibujó en su enjabonada cara al reconocer al visitante.

—Entre, inspector —dijo, después de abrir—. Si no le importa, continuaré con mi sesión de aseo matinal.

—A juzgar por la hora, podría calificarse de vespertina —rectificó Horatio Barstow, no sin sorna—. ¿Ha perdido la costumbre de madrugar, *lord* Gilgan?

—Puesto que no tengo nada que hacer, ¿qué prisa tengo en levantarme?

—Ninguna, en efecto, aunque yo diría que un sueño tan prolongado sólo se debe a que ha trasnochado bastante.

—¿Lo cree así, Horatio?

—Recibí esta madrugada una llamada anónima, comunicándome el lugar donde había escondida gran cantidad de drogas. Acudí allí y me encontré con una caja fuerte volada y dos tipos destrozados por la explosión. También encontramos las drogas, por supuesto.

—Muy interesante. Siga, Horatio.

Barstow sacó una pipa y se puso a cargarla, en el mismo umbral del cuarto de baño.

—Jack, usted sabe que yo nunca creí que fuese usted el asesino de Dannie Sholton...

—Pero presentó las pruebas que sirvieron para enviarme a prisión —alegó el joven, mientras se limpiaba la cara de los restos de jabón.

—¿Presentar pruebas? No había muchas, aunque sí rotundamente acusatorias, usted lo sabe tan bien como yo.

Gilgan empezó a ponerse la camisa.

—Una cosa que no se hizo conmigo y que debió haberse hecho ya en el primer momento, es un reconocimiento a fondo —se quejó amargamente—. Mi estado de amnesia duró tres días... Los forenses que me reconocieron, no demasiado a fondo, claro, se limitaron a hablar de alcohol en grandes dosis. Ahora, usted, Horatio, dígame de un tipo normal y sano como yo, a quién le dure la borrachera tres días. No soy un alcohólico crónico ni existe en mí el riesgo de *delirium tremens*. El tribunal, si bien tomó en cuenta mi supuesta embriaguez, no quiso hacer lo mismo con aquel estado de amnesia. Por tanto, imagínese cómo me encuentro yo ante una condena injusta y, dígame lo que se diga de la tan cacareada justicia británica, pronunciada con una ligereza y una falta de responsabilidad increíbles.

Barstow suspiró.

—Tiene usted toda la razón —convino—. A veces se topa uno con jueces que le hacen llorar... pero eso yo no lo puedo evitar.

Gilgan echó a andar hacia la cocina.

—Cuando se demuestre mi inocencia empezaré una campaña para pedir la expulsión de ese juez y de los forenses que sólo supieron ver alcohol donde había algo mucho más potente —dijo—. Voy a preparar café; le invito a una taza, Horatio.

—Se lo agradeceré, Jack. De modo que Dannie lo llevó allí para quitarle cuatro mil libras...

—Ésas fueron las órdenes que recibió, y no era la primera vez que lo hacía —contestó Gilgan—. Dannie lo hacía de muy buena gana; percibía un diez por ciento de lo recuperado. En mi caso, se hubiera ganado cuatrocientas libras.

—Pero el dinero no apareció —objetó Barstow.

—En

Toby's

me pagaron en billetes relativamente grandes. Pedí un sobre para mayor comodidad. Una vez concertada la salida con Dannie, escribí en el sobre la dirección de mi banco y lo deposité en un buzón que había al lado de la casa de Dannie. Ella no se dio cuenta, porque estaba abriendo la puerta. El sobre iba sin sello, por supuesto, pero el banco pagó la falta de franqueo.

—Eso lo explica todo, menos la forma en que supo usted la existencia de las drogas.

Gilgan sonrió.

—Tropecé hace unos días con una buena amiga, en el momento de recibir unas dosis de morfina. Tres tubitos de vidrio, dentro de unos supuestos cigarrillos, componían el contenido de una ampolla normal —dijo—. Busqué al que le dio la droga y le hice hablar. Yo no toqué nada; simplemente, me limité a confirmar la información. Luego le llamé a usted desde el mismo despacho de Robson. Cuando ya me iba llegaron aquellos dos tipos, por lo visto con ánimo de saquear la caja fuerte. Había una trampa explosiva y...

—Comprendo —dijo Barstow—. Pero ¿cómo no le dio a usted por buscar en la caja fuerte?

—Mi informador mencionó la supuesta pantalla desde el primer momento. Encontré las drogas, así que, ¿para qué quería seguir mirando en otro sitio?

—¿Su informador era, por casualidad, un tal Slim Cooper?

—¡Qué listo es usted, inspector! —rió Gilgan.

—Le han encontrado hace pocas horas, atado y con dos tiros en la cara.

Gilgan se disponía a llenar las tazas y se quedó inmóvil.

—No he sido yo, inspector; no uso armas —dijo, tras una leve pausa.

—Lo sé. Uno de los cadáveres hallados en Toby's

tenía una pistola a la que faltaban dos balas; precisamente las que se encontraron en la cabeza de Cooper.

—Hace poco tuve una ligera «discusión» con los muertos. Eran dos matones profesionales. Pertenecían a cierta Agencia Drunnis. Imagino que habían empezado a ver que las cosas se ponían serias y debieron de pensar en un buen golpe, a fin de retirarse del asunto con el riñón cubierto.

—Es posible. Jack, ¿qué ha adelantado usted en el caso Sholton?

—Casi nada, salvo que el autor material fue ametrallado.

—¿Rafferty?

—Era aún más alto y fuerte que yo. Trabajaba para un tal Thorpe en el Black Cactus, pero en realidad obedecía a Robson, que es también el dueño de ese local. Thorpe me dijo que no era un santo, pero que no quería mezclarse en asuntos con sangre y se largó. A Rafferty le mataron para que no dijese quién le había dado

la orden de asesinar a Dannie.

—Comprendo. Robson ha desaparecido, Jack.

Gilgan se llevó la taza a los labios.

—Es una lástima, porque me hubiera gustado preguntarle quién está por encima de él —manifestó.

—¿Cómo? —se sorprendió el policía.

—Ya lo ha oído usted, Horatio. No se puede decir que Robson fuese un figurón decorativo, pero el verdadero culpable es otro tipo al que desconozco, y a quién pienso encontrar, cueste lo que cueste —respondió Gilgan con rotundo énfasis.

CAPÍTULO XI

La voz de la dama sonó dulce y meliflua:

—Dino, querido.

—¿Sí? ¿Eh, qué...? —contestó Gouloni, volviendo de las brumas del sueño en que estaba sumido, cómodamente sentado en un butacón.

Lady Stella se sentó en uno de los brazos del sillón y le pellizcó suavemente la nariz.

—Tengo que pedirte una cosa, cariñito —dijo.

Dino abrió un ojo para mirarla con cierto recelo.

—¿De qué se trata, reina de la hermosura? —preguntó.

—Tú estás aquí muy bien, ¿verdad? No te falta de nada, pintas cuando quieres, que quieres muy poco, estás tratado a cuerpo de rey y... Pero no voy a seguir describiendo la clase de vida que llevas, porque tú lo sabes tan bien como yo, ¿no es cierto?

—¿A dónde quieres ir a parar, Stella?

—Dino, eres un chico encantador, pero que te morirías de hambre si yo te daba una patada en salva sea la parte. Tú no querrás que suceda eso, me imagino.

—Stella, ¿por qué no hablas claro de una vez?

—A eso quiero ir a parar. ¿Recuerdas a Duke Robson?

—El... dueño de

Toby's.

—Sí, el mismo.

—Se ha ausentado de Londres. Parece que tiene miedo de la Policía.

—Después de lo que le ha pasado, resulta lógico.

—Pero yo sé dónde está, Dino.

—¿De veras? ¡Qué interesante!

—Mucho, sobre todo para ti, Dino, porque te voy a dar las señas de su escondite. Irás allí y le pegarás dos tiros con toda la

delicadeza del mundo. No le hagas sufrir mucho, cariño.

Gouloni guardó silencio un momento.

—De modo que eso es lo que esperas de mí —dijo.

—Eso es lo que espero del hombre a quién recogí un día en el arroyo, después de haber estrangulado a una infeliz prostituta callejera, para robarle dos libras y cuatro chelines —contestó la dama, sin inmutarse.

Gouloni suspiró.

—Ante tan poderoso argumento, no me queda otro remedio que abandonar esta agradable postura, para emprender la captura de la pieza —dijo.

—Captura que, no es preciso subrayarlo, deberá ser realizada con el máximo de discreción —advirtió *lady* Stella, con su tono de voz más agradable.

—Sus «empleados» parece que tomaron iniciativas por cuenta propia, Drunnis —dijo Gilgan.

—Yo no tengo nada que ver con lo que hicieron en el Toby's

—refunfuñó el individuo, de mal talante.

—No le acuso, por supuesto; pero quizá el inspector Barstow piense mal de usted. Me ha dicho que tiene la intención de venir a visitarle.

Drunnis se puso pálido.

—Soy un hombre decente...

—¡Ja, ja! —dijo Gilgan, muy serio—. De todas formas, ése es un extremo que no pienso discutir. Basil, usted y Robson son muy amigos, pero incluso para la amistad fraterna hay un límite. Robson se ha metido en un caso de mucha gravedad. No le importe ser desleal, porque le conviene.

—¿A dónde quiere usted ir a parar, *lord* Gilgan?

—Al escondite de Robson —contestó el joven, sin inmutarse.

Los dedos de Drunnis empezaron a tabalear sobre la mesa.

Gilgan estudiaba atentamente su rostro. Sus reflexiones, se dijo, habían hecho mella en el ánimo de Drunnis.

—Incluso —añadió— estaría dispuesto a olvidarme de Lethie Cord, aquel tipo que, según ciertas noticias llegadas a mis oídos, nunca fallaba cuando tenía que apretar el gatillo.

Drunnis torció el gesto.

—¿Puedo contar con su benevolencia? —preguntó al cabo.

—Por supuesto, Basil. Usted no es tonto; el viento empieza a soplar ahora en otra dirección. Le conviene orientar sus velas para tomar el rumbo más favorable.

Drunnis lanzó un hondo suspiro, resignándose a lo inevitable. Podía verse metido en un lío, pero siempre saldría mejor librado si accedía a lo que le pedía su visitante.

—Está bien —cedió finalmente—. Se lo diré.

Minutos después, Gilgan salía a la calle. Alguien se le acercó en aquel momento y le pidió fuego.

Era una chica de largas melenas, enormes gafas de color, blusa muy escotada y falda inverosímilmente corta, abierta, además, por el costado izquierdo, casi hasta la cintura. Sus esbeltas piernas estaban enfundadas en unas medias completas de color negro.

Un gran bolso de rafia roja pendía de su desnudo hombro izquierdo. La desenvoltura de la chica era sorprendente.

—Con mucho gusto, señorita —accedió Gilgan, a la vez que sacaba su encendedor.

Ella le lanzó el humo a la cara.

—Estoy muy aburrida, buen mozo —manifestó descaradamente.

—Lo siento, tengo prisa —se disculpó Gilgan.

Y abrió la portezuela de su coche.

La chica, viva como el pensamiento, abrió la otra portezuela y se sentó junto a él.

—¡Señorita, el sexo opuesto merece todas mis simpatías, pero sólo en los momentos adecuados! —exclamó Gilgan de mal talante.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—¿Tan bien disfrazada estoy, Jack? —preguntó, a la vez que se quitaba las gafas.

Gilgan lanzó una exclamación de sorpresa.

—Pero, Bea...

—Me he divertido enormemente viendo la cara que ponías cuando te hablaba —dijo ella sin dejar de reír.

—Tienes unas dotes excepcionales para la farsa —rezongó él, mientras metía el coche en el tráfico—. ¿Qué hacías en la puerta de la casa de Drunnis?

—Un poco de vigilancia. No me convenía que alguien pudiera

reconocerme.

—¿Has conseguido algo?

—Encontrarte a ti. ¿Te parece poco?

—Según se mire. ¿Sabes adónde voy ahora?

—No. Dímelo, Jack.

—Robson se ha escondido. Yo sé dónde está.

—¡Oh, qué interesante!

—Y como el asunto puede presentar ciertos riesgos, voy a desembarcarte ahora mismo, ¿entiendes?

Gilgan empezó la maniobra de acercamiento a la acera. Bea, impasible, le dejó hacer.

—Muy bien, Jack —dijo—. Tú me echas del automóvil, pero ahí estoy viendo a un policía, al cual, muy probablemente, le interesará conocer tus intenciones. Le diré que se lo comunique en el acto al inspector Barstow y...

Gilgan lanzó una maldición a media voz.

—Está bien, me rindo —dijo, separándose nuevamente de la acera.

Bea rió jubilosamente.

—Eres un encanto, Jack —calificó—. Dime, ¿qué proyectos tienes para el futuro?

—No entiendo, Bea.

—Pues está bien claro. No te vas a pasar toda la vida buscando al asesino. Algo pensarás hacer después, opino yo.

—Hombre, claro, aunque todavía no he tomado una decisión. Sin embargo...

—¿Qué, Jack? —preguntó ella, ansiosamente.

—Tengo una buena extensión de tierras, parte de bosques y parte de prados. Tal vez me convierta en agricultor.

Bea reclinó la cabeza en el respaldo del coche.

—Sería una vida maravillosa, en efecto —murmuró.

Duke Robson se sentía muy nervioso. Tal vez por ello había cargado con la caña y los trebejos de pescar y se había ido a la orilla del río. Según tenía entendido, la pesca era un buen sedante, pero una hora después de haber lanzado el anzuelo, todavía se sentía con los nervios de punta.

El negocio se había ido al diablo. Matar a Dannie Sholton, a su juicio, había sido un grandísimo error. Ya lo había profetizado en su

momento. Llegaría un día en que acabarían pagando las consecuencias de aquella muerte.

Sus avisos no habían sido escuchados. Claro que, bien mirado, Dannie se estaba convirtiendo en una amenaza. Sabía ya demasiado.

Y ello la hacía ser impertinente y exigir cosas que a otras chicas del

Toby's

no se le permitían. Dannie no había tenido sentido de la medida.

—Su cabeza estaba llena de viento —masculló, disgustado.

Y de la muerte de Dannie había venido todo, incluso el poco esperado final del

Toby's,

con el hallazgo de las drogas y la muerte de los dos esbirros de Drunnis.

La desaparición de Truro y de Larson no le importaba en absoluto, antes bien, se alegraba de ello. Pero su asalto a la caja fuerte había traído para él graves consecuencias.

Debía escapar de Inglaterra, aunque, por el momento, era algo en lo que no podía soñar siquiera. Estaciones, aeropuertos y puertos estarían férreamente vigilados. Dejaría pasar un tiempo y...

Allí estaba seguro. Johnny Faverio, además, le guardaba las espaldas.

Robson estaba equivocado.

En aquellos instantes se hallaba sentado junto a la orilla, en una especie de pequeño embarcadero de tablas y pilotes hundidos en el fondo del río, a un par de metros de la ribera. La distancia al agua era de unos ochenta o noventa centímetros.

Robson no se dio cuenta de la presencia de otro individuo, hasta que fue demasiado tarde. Un par de manos le asestaron un terrible empujón en los hombros, haciéndole caer hacia adelante.

Robson lanzó un gruñido de sorpresa. El atacante se inclinó y agarró oportunamente unos tobillos que ya se agitaban en el aire. La cabeza, los hombros y el tórax de Robson quedaron sumergidos en el agua.

Dino se mantuvo firme, a pesar de los pataleos de la víctima. Pero Robson no tenía ningún punto de apoyo.

Lentamente, empezó a perder aire en los pulmones. Sus

movimientos fueron haciéndose más débiles, hasta que cesaron del todo.

Entonces Dino, suavemente, abrió las manos y Robson terminó de sumergirse en las aguas. Sin ser visto, Gouloni abandonó aquel lugar y se dirigió con paso tranquilo en busca de su automóvil.

Faverio oyó el ruido del coche que llegaba a la casa y salió a la puerta con una pistola ametralladora en el hueco del brazo izquierdo.

Gilgan abrió la portezuela, saltó al suelo y fijó la vista en el pistolero.

—¿Va a disparar contra mí? —preguntó.

Faverio dudó.

—Cometería un grave error, Johnny —siguió Gilgan—. Sabe usted de sobra que el asunto se ha puesto muy feo. No lo empeore más todavía.

—¿Qué diablos quiere usted? —preguntó Faverio de mal talante.

—He venido a hablar con Robson. Dígame que salga. —Alguien me ha dado esta dirección...

—Drunnis.

Faverio soltó una fuerte interjección.

—¡Cochino traidor!

—Drunnis es un hombre sensato. Robson está en un gran apuro. Así, pues, Drunnis ha hecho lo que debía.

—Le ajustaré las cuentas —prometió Faverio, coléricamente.

—En su lugar, yo me lo pensaría un poco mejor antes de hacer nada. La policía busca todavía al que ametralló a Rafferty.

—No fui yo —masculló el pistolero.

—A la vista de ese chisme que tiene en las manos, resulta difícil creerle. Pero, a fin de cuentas, Rafferty era un asesino y recibió lo que se merecía. Sin embargo, yo no he venido aquí a discutir la pretendida justicia de la muerte de Rafferty, sino a hablar con Robson.

—No está en casa —contestó Faverio, hoscamente.

—Johnny, usted no sabe mentir. Vamos, entre y avíselo...

—¡Le digo que no está en casa! ¡Ha ido a pescar!

Gilgan se echó a reír, a la vez que se volvía hacia la muchacha, parada junto al coche.

—Bea, ¿te imaginas tú a un tipo como Robson con una caña de

pescar en las manos? —preguntó.

—Resulta un poco difícil, pero, en fin, haciendo un esfuerzo, todo es posible —respondió ella alegremente.

—Le digo que...

Faverio no pudo continuar hablando. Una mano desvió el arma. Apenas un segundo más tarde, un puño, que parecía de granito, le golpeó en el mentón.

CAPÍTULO XII

Gilgan se inclinó sobre el caído y le registró rápidamente. Una navaja que él conocía muy bien, pasó a su poder.

La metralleta, descargada, fue a parar al otro lado de unos arbustos. Luego, Gilgan hizo un gesto con la cabeza.

—No debieras haber tirado el arma —le reprochó Bea.

—No quiero compromisos —respondió él—. Además, incluso contando con que Robson esté armado, no se atreverá a disparar contra mí. Lo que menos le conviene es crearse otra nueva complicación.

—Yo no me fiaría tanto —insistió ella, pero Gilgan ya avanzaba con paso rápido hasta la casa.

Entraron en el edificio, de modesta apariencia, aunque muy bien equipado y decorado en el interior. Robson no aparecía por ninguna parte.

—Es curioso —murmuró Gilgan al cabo de unos minutos—. ¿Era sincero Faverio cuando dijo que su jefe se había ido a pescar?

—¿Y por qué no? ¿Es que los *gangsters* no tienen derecho a pescar como las otras personas? —replicó Bea con buen humor.

—Pues sí, bien mirado no hay nada que impida a un forajido como Robson que le guste la pesca. Por otra parte, es natural que haga algo para no aburrirse en este retiro.

—En tal caso, Jack, sólo falta saber el lugar al cual se ha ido Robson a pescar —dijo ella, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Gilgan la siguió en el acto. Faverio empezaba a moverse, pero ninguno de los dos le prestó la menor atención.

—Allí —señaló Bea de pronto.

Gilgan miró en aquella dirección. El río estaba a unos trescientos pasos, apenas visible desde, la casa debido a la abundancia de arbolado. Inmediatamente echó a andar en aquella dirección.

Pronto llegaron al embarcadero. El taburete estaba volcado, pero el bote con los cebos aparecía en su sitio. Faltaba, sin embargo, la caña.

—Esto no me gusta —dijo Gilgan, súbitamente preocupado.

Bea se sintió igualmente acometida por un lúgubre presentimiento. Miró a derecha e izquierda y, de repente, lanzó un agudo chillido:

—¡Mira, Jack!

Gilgan siguió con la vista la dirección que ella le indicaba con su brazo. A siete u ocho pasos, oculto parcialmente por las hierbas de la orilla, con el cuerpo totalmente sumergido en las aguas, había un hombre.

Gilgan retrocedió a lo largo del embarcadero y corrió a arrodillarse sobre la hierba, al lado del cadáver. La nariz de Robson quedaba a ras del agua y sus ojos le miraban desorbitadamente a través del líquido.

Había en su cara una indescrptible expresión de horror. A juzgar por lo poco que se podía ver en aquella situación, no se advertían señales de violencia en el cadáver.

—¿Se habrá suicidado? —preguntó Bea, estremecida.

—No, no se ha suicidado —sonó tras ellos la voz de Faverio—. Le han asesinado.

Gilgan se volvió de un salto.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

El rostro de Faverio era una máscara de odio inhumano.

—Si él hubiera querido suicidarse, habría empleado un medio más rápido. En todo caso, se habría atado una piedra al cuello, ¿no creen?

Gilgan y Bea cambiaron una mirada.

—Emplea usted unos argumentos muy lógicos, Johnny —dijo el joven.

—Conocía bien a mi jefe —contestó el pistolero.

—En tal caso, tal vez conozca también a su asesino.

—No.

Faverio dio media vuelta y se dirigió hacia la casa. Bea y Gilgan volvieron a mirarse.

—¿Crees que es sincero, Jack? —preguntó ella.

—No lo sé, no me atrevo a emitir un juicio en un sentido o en

otro. Pero lo que sí debemos hacer es avisar a la policía. No podemos irnos de aquí sin informar de lo ocurrido, aunque ello pueda traernos complicaciones.

—Jack, New Oak no queda muy lejos de aquí... Podemos alegar que íbamos a mi casa y que nos detuvimos a charlar un rato a la orilla del río. Nadie encontrará sospechoso este pretexto —arguyó Bea.

Miró al joven y sonrió.

—Y luego, efectivamente, podemos ir a mi casa y cenar allí —añadió.

Gilgan hizo un gesto de asentimiento. Contempló un instante el cadáver y luego, con acento pesados, dijo:

—Es muy posible que ya no lleguemos a conocer el nombre de la persona que dio orden de matar a Dannie.

—¿Cree usted que encontrará al asesino de Dannie?

La pregunta procedía de Ethel Benbury. Gilgan, con una copa balón en las manos, sentado en un cómodo butacón en la sala, tras la cena, hizo un gesto ambiguo:

—No puedo predecir nada todavía, señora —contestó—. Robson tenía alguien por encima y, a juzgar por lo que sé, únicamente él conocía su nombre. No se me ocurre, de momento, ninguna idea para dar con su verdadera personalidad.

La madre de Bea estaba sentada en una silla, frente al joven, con las manos en el regazo. Bea se hallaba momentáneamente ausente.

—A veces me pregunto si supimos educar bien a Dannie —dijo Ethel con voz evocadora—. Hay veces en que creo que no supimos profundizar lo suficiente en su personalidad, para haber evitado que su vida tomara el rumbo tan desastroso que tomó luego. Otras veces pienso que ha sido como una especie de castigo divino por lo que hicimos con ella.

—Señora —protestó Gilgan.

Ethel le miró con una triste sonrisa.

—Le extraña, ¿verdad? —dijo—. Yo conocía el nombre de su madre auténtica y no quise decírselo a Dannie.

Gilgan se sentía asombrado por aquella confesión. Ethel siguió hablando, tras una corta vacilación:

—Adoptamos a Dannie cuando tenía sólo unos meses. Mi marido y yo habíamos llegado a creer que no tendríamos hijos y por ello

fuimos al orfanato. No hubo dificultad en los trámites de adopción y... Bien, éramos excelentemente considerados, así que el juez nos entregó muy pronto a Dannie.

—Y en el orfanato les dieron el nombre de la madre.

—No. Durante muchos años lo ignoramos por completo. En el orfanato, Dannie tenía sólo un nombre y un número; más adelante, le hubiesen dado un apellido... pero cuando ella tenía unos dieciséis o diecisiete años, vino a verme un empleado del orfanato. Según dijo, su gestión era puramente privada; había llegado a conocer el nombre de la madre de Dannie y creía que ella reclamaría a la hija que abandonó al nacer.

—Para lo cual ustedes tendrían que renunciar a sus derechos.

—Sí. El hombre me dio a entender que podríamos obtener un buena suma, pero yo rechacé sus propuestas. Tengo la sensación de que no actuaba de buena fe; quería sonsacarme a mí y a la madre de Dannie. Quizá yo debí haber accedido o por lo menos haber consultado a Dannie. Pero la quería demasiado, tanto o más que a Bea. Fui egoísta, pensando que una madre que se había deshecho de su hija al nacer, no tenía ahora derecho a recobrarla. Nosotros nos habíamos sacrificado mucho por Dannie y no me parecía justo, ¿comprende?

—Sí, señora, pero no se aflija más por ello...

—Repito que debía haber planteado a Dannie la cuestión. Ella debía haber elegido, pero no lo hice así. Tal vez, en este caso, hubiera seguido con vida; hubiera llevado otra existencia muy distinta, con una madre dueña de una gran fortuna...

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Ethel. Gilgan compadeció vivamente a la buena mujer.

—Las cosas deben ocurrir y nosotros no podemos evitarlo —dijo sentenciosamente—. En aquellos momentos usted hizo exactamente lo que creía era su obligación. Y, ¿quién sabe?, es muy probable que la madre de Dannie hubiera rechazado la idea de tener a Dannie a su lado. Por cierto, señora Benbury, y aunque sea a título de curiosidad, ¿quién es la madre de Dannie?

Bea entró en la sala minutos después y se sorprendió grandemente al ver a su madre y a Gilgan muy serios y callados.

—¿Sucedre algo? —preguntó—. Casi parece que estáis asistiendo a un funeral.

Gilgan hizo un esfuerzo por sonreír.

—Bea, la verdad es que yo no soy muy buen conversador y tu madre, demasiado cortés, no quería dejarme solo —contestó.

—¡Hum! Una respuesta diplomática —calificó la muchacha, desconfiadamente—. Jack, te he preparado el cuarto de huéspedes...

—Lo siento —dijo él, poniéndose en pie bruscamente—. Me vuelvo a Londres. Tengo que hacer algo. Bea, te llamaré mañana o pasado —se despidió.

La muchacha quedó junto a la ventana, hasta que vio desaparecer a lo lejos las luces de cola del coche de Gilgan.

—Mamá, ¿qué le ha pasado a Jack para marcharse tan rápidamente? —preguntó.

—Tiene prisa por hacer una visita, Bea —contestó la señora Benbury.

Lady Stella Yardbrough se inclinó sobre Dino y le cosquilleó en una oreja con uno de sus rizos.

—Dino —llamó pícaramente.

Gouloni abrió un poco uno de sus ojos.

—¿Sí, hermosa?

—¿Cómo ha quedado lo de Robson?

—Maravillosamente, Stella.

—¿Seguro, Dino?

Una perversa risita salió de los delgados labios del pintor.

—Seguro —repitió.

—¿No hay peligro de que...?

—Stella, después de que un hombre tiene la cabeza diez minutos bajo el agua, ya no hay otro peligro de que el de pompas fúnebres no cobre la factura del entierro.

—Eres grande, Dino —dijo ella, admirada—. ¿Qué haría yo para recompensarte?

—Tal vez encuentres algo digno de mí. Sugiere una recompensa y yo te diré si me gusta o no.

Los ojos de la mujer se entrecerraron.

—A veces pienso si te gustaría dirigir el

Toby's.

Gouloni se sentó en el diván.

—¿Piensas ponerlo de nuevo en funcionamiento? —exclamó.

—¿Por qué no? Es mío... y yo no tengo la culpa de las trapacerías de Robson. Él era mi gerente, pero si se dedicaba al tráfico de drogas, lo hacía por su cuenta y riesgo.

—El

Toby's

estará vigilado por la policía durante mucho tiempo, Stella —alegó Gouloni.

—Es probable, pero, aun funcionando con absoluta honradez, es un local que rinde muchos beneficios. Su gerente tendría un buen sueldo, una participación en esos beneficios, sería persona que conocería a mucha gente... Es un buen porvenir para ti, Dino.

Gouloni reflexionó durante unos segundos.

—Puede ser una buena recompensa, en efecto —dijo al cabo.

—«Es» una buena recompensa —recalcó Stella—. Sobre todo, si me aseguras que nadie te vio liquidar a Robson.

—Nadie, te lo juro.

—En tal caso, nadie te verá tampoco matar a *lord* Gilgan, ¿verdad?

Gouloni respingó.

—¡Stella! —barbotó.

—Ya lo has oído, cariñito; tienes que matar a *lord* Gilgan —insistió ella con la sonrisa en los labios, pero con un acento lleno de hielo.

—Stella, no...

—Dino, recuerda la gerencia del

Toby's.

Y si no te convence esta idea, piensa en aquella pobre chica a la que mataste en cierta callejuela del Soho.

Gouloni masculló una imprecación.

—Pero, bueno, ¿por qué he de matar a *lord* Gilgan? —quiso saber.

—Por la misma razón que murió Dannie Sholton.

—Aún no sé siquiera por qué murió esa chica, a la que no conocí siquiera...

—Dannie sabía demasiado. Lo mismo que *lord* Gilgan, Dino.

El pintor maldijo entre dientes.

Aquella mujer le tenía agarrado por el cuello, se dijo. Se había

acogido a su «protección», pensando que iba a darse la gran vida, pero nunca había llegado a sospechar que *lady* Stella Yarbrough conociese aquel oscuro pasaje de su existencia.

Tampoco se le ocurrió que aquella opulenta matrona tuviese un corazón de tigre. Pero ahora era ya tarde para rectificar.

—Está bien, liquidaré a ese tipo —cedió al cabo.

—Eres un sol, Dino —exclamó Stella, besándole vorazmente—. Y en cuanto hayas terminado con *lord* Gilgan, empezaremos de nuevo con el Toby's.

Le pellizcó cariñosamente en una mejilla.

—Por supuesto, tendrás que hacerlo tan discretamente como lo has hecho con Robson —advirtió.

—Eso se da por descontado —refunfuñó él.

Gouloni se puso en pie. La tumbona estaba en la terraza de un gran jardín que rodeaba la mansión. Sí, la suya era una existencia regalada; pero ¿hasta cuándo seguiría siéndolo?, se preguntó.

No obstante, si lo que decía Stella era cierto, *lord* Gilgan debía morir. No se podía consentir que siguiera viviendo un hombre que sabía demasiado.

CAPÍTULO XIII

Gilgan se levantó a la mañana siguiente de muy mal humor.

Había descubierto algo importante y no sabía cómo afrontarlo. Antes de hacer nada, sin embargo, consideró interesante una nueva visita a Basil Drunnis.

El hombre le recibió con un gesto de hastío en su cara.

—¿Otra vez? —dijo aburridamente.

—¿Ha leído los periódicos, Basil? —preguntó Gilgan.

—Sí, claro. Lo hago todas las mañanas...

—Entonces, ya está enterado de que Robson ha abandonado el mundo de los vivos.

Drunnis apretó los labios.

—He leído que usted encontró el cadáver —dijo.

—Sí —confirmó el joven.

—Me gustaría saber si no fue usted el que lo liquidó.

—¿Por qué iba a matarlo? Todo lo contrario; me convenía que siguiera con vida. Así me hubiera dicho lo que me interesaba saber.

—*Lord* Gilgan, si ha venido a que yo se lo diga, pierde el tiempo —contestó Drunnis pensativamente.

—Vamos, vamos, Basil; trate de recordar. Usted conocía bien a Robson, incluso ejecutó muchos encargos para él. No hablemos siquiera de Lethie Cord, porque, en beneficio de usted, yo lo he olvidado ya. Pero en vista de mi actitud benevolente, ¿por qué no da usted muestras de corresponder?

Drunnis se removió inquieto en su asiento.

—Pero es que no sé...

—¿Pondría la mano en el fuego por jurar que no sabe nada, Basil?

Hubo un momento de silencio.

—Mire, *lord* Gilgan —dijo al cabo Drunnis—, yo le voy a citar a usted un nombre. Es todo lo que puedo hacer.

—No será poco, Basil —contestó el joven, sonriendo—. Vamos, suelte el nombre.

—Nunca se lo he dicho a nadie... a fin de cuentas no es de mi incumbencia. Era un asunto personal de Robson, ¿comprende?

—Sí, sí, le entiendo —dijo Gilgan, ardiendo de impaciencia por tantas dilaciones—. ¿Quién es ese tipo, Basil?

—Yo lo supe por casualidad. Tengo entendido que el asunto legal está muy bien llevado, de modo que el nombre no aparece para nada en los documentos de propiedad.

—¿Se refiere usted al Toby's?

—Y también al Black Cactus. Los dos locales son de ella.

Gilgan se sorprendió vivamente.

—¿Cómo? ¿Se trata de una mujer? —exclamó.

—Sí. Es más, yo diría que usted la conoce, *lord* Gilgan. Pero yo no le respondo de que ella sea... Me parecería monstruoso, créame.

—Basil, el nombre, el nombre —pidió Gilgan, al borde de la exasperación.

—*Lady* Stella Yardbrough —dijo Drunnis.

Gilgan abrió la boca. Drunnis vio que se ponía pálido.

—¿Le sucede algo? —exclamó, alarmado—. ¿Se siente enfermo?

Gilgan meneó vivamente la cabeza.

—No, no es nada, Basil —contestó, a la vez que se ponía en pie—. La sorpresa, ¿comprende?

Dio unos pasos y se dirigió hacia la puerta. De pronto, se volvió.

—Basil, ¿intervino usted en la muerte de Dannie Sholton? —preguntó bruscamente.

—¡No, lo juro! —respondió Drunnis con gran énfasis.

—¿Qué me dice de Rafferty?

—Tuvo que hacerlo Johnny Faverio. Es un virtuoso de la ametralladora.

—Está bien. Voy a hacerle una advertencia y olvidaré todo lo que hizo contra mí. Ni una sola palabra a nadie de nuestra conversación, ni siquiera a la propia *lady* Stella. ¿Me ha comprendido?

Drunnis alzó la mano derecha con gesto solemne.

—Guardaré silencio —prometió.

Gilgan llegó a su casa con la mente convertida en un torbellino de ideas. Le parecía imposible que *lady* Stella hubiera podido convertirse en una asesina.

Claro que ella, personalmente, no había matado a nadie. Otros lo habían hecho por delegación, pero el resultado era el mismo: varias personas habían muerto.

Él mismo había estado a punto de morir. Sin embargo, todo ello era una minucia comparado con el horror de la situación.

¿Se enfrentaría con *lady* Stella? ¿Tendría valor suficiente para decirle la verdad?

Aún no había tomado una decisión al respecto. Sentíase demasiado conturbado para trazarse una línea de acción. Debía reflexionar profundamente, meditar cada uno de los pasos que debía dar.

Llegó frente a la puerta de su departamento y sacó la llave, que hizo girar en la cerradura. La puerta volteó y dio un par de pasos en el interior del piso.

Entonces, algo duro y contundente cayó con gran fuerza sobre su cráneo. Gilgan no sintió siquiera que se le doblaban las rodillas y que se desplomaba sobre el pavimento alfombrado.

Gouloni cerró de un taconazo. Se inclinó sobre el caído y le contempló satisfecho.

—Creí que no ibas a llegar nunca —murmuró, con una diabólica sonrisa en los labios.

Acto seguido, agarró al inconsciente Gilgan por debajo de los sobacos y lo arrastró al cuarto de baño. Abrió los grifos y, mientras se llenaba la bañera, empezó a desnudar al joven.

Gilgan respiraba con normalidad, aunque Gouloni sabía que tardaría un buen rato en recobrar el conocimiento.

—En circunstancias normales, claro —dijo entre dientes, una vez hubo dejado a su víctima sin una sola prenda de ropa sobre el cuerpo.

Poco a poco, la bañera se fue llenando. Meter a Gilgan en el interior del recipiente no fue empresa fácil. Gouloni no era precisamente un hombre fuerte y su víctima pesaba noventa kilos, difíciles de manejar en estado de inconsciencia.

Pero, al fin, el cuerpo de Gilgan quedó sumergido dentro del líquido. Gouloni juzgó que sería conveniente quedarse allí hasta

convencerse del fin del bañista a la fuerza.

Gilgan tendía a flotar y su nariz salía fuera del agua. Gouloni atajó el inconveniente, recurriendo al mismo procedimiento empleado con Robson. Agarró los tobillos del joven y mantuvo las piernas fuera de la bañera. Era cuestión solamente de unos minutos, aunque Gilgan parecía bastante más fuerte que Robson.

De pronto, apenas había asido los tobillos del joven, sonó el timbre de la puerta.

Bea oprimió el timbre. Una voz sonó tras ella:

—¿Viene usted a visitar a *lord* Gilgan, señorita Benbury?

La muchacha se volvió, sobresaltada.

—Así es, inspector Barstow —contestó, al reconocer en el acto a su interlocutor.

—Se ha hecho usted muy amiga de él, ¿no es cierto?

—Simpatizamos bastante, si le he de ser sincera.

Barstow presionó el timbre de nuevo.

—¿A pesar de que, oficialmente, mató a su hermana de usted?

—Yo no creo que él matase a Dannie, inspector. Y estoy segura de que usted piensa lo mismo que yo.

—Eso es verdad. ¡Qué raro! —exclamó Barstow de repente—. No está en casa...

Impulsivamente, Bea asió el pomo y lo hizo girar.

—No le habrá sucedido nada —dijo recelosamente. Asomó la cabeza y llamó a gritos:

—¡Jack, Jack!

Nadie contestó a sus llamadas. Más práctico, Barstow apartó a la muchacha y se adentró en el piso.

—Jack —llamó con poderosa voz.

El silencio era absoluto. De pronto, Bea creyó oír un ligero chapoteo.

—Mire a ver usted en el cuarto de baño, inspector —aconsejó.

Barstow corrió hacia el lugar indicado. Abrió la puerta y vio una mano que asomaba crispadamente por fuera del borde de la bañera.

El policía dio un tremendo salto y vio a Gilgan que se ahogaba. Agarró al joven por los brazos y tiró de él, sacándole medio cuerpo fuera de la bañera.

De súbito, sonó un chillido:

—¡Inspector, corra! —llamó Bea.

Barstow dio media vuelta y abandonó el cuarto de baño. Bea señalaba hacia la puerta.

—Había un hombre escondido tras esas cortinas —dijo—. Aproveché un momento que yo estaba vuelta de espaldas y escapó.

—¿Le ha visto la cara? —preguntó Barstow.

—No; aunque me pareció que llevaba barba... y melena, de eso sí estoy segura.

—No es mucho —gruñó Barstow—, pero ahora tenemos otra cosa más importante entre manos —señaló el teléfono—. Llame a Scotland Yard y diga que envíen una ambulancia urgentemente, con un médico y todo lo necesario para reanimar ahogados. Pronto, es muy urgente.

Bea se asustó en el primer momento, pero no tardó en reaccionar. Mientras ella telefoneaba, Barstow corrió al baño y sacó a Gilgan de la bañera, tendiéndolo sobre el suelo.

Buscó un par de mantas y envolvió el cuerpo desnudo del joven. Luego empezó a hacerle la respiración artificial.

Bea se asomó momentos después.

—Ya he avisado al médico —dijo—. ¿Qué le ha pasado, inspector? —preguntó, muy asustada—. ¿Está grave?

—Empieza a reaccionar, por fortuna, aunque creo que hemos tenido suerte con un hombre como él, fuerte como un toro —respondió Barstow—. De otro individuo, no estaría yo tan contento; es probable que ya no tuviésemos nada que hacer. Pero, por fortuna...

—No comprendo —dijo Bea—. ¿Pretendían ahogarle?

—Sí; al parecer, empleando el mismo método que con Robson. Lo que sucede es que a Jack, mucho más fuerte y en situación menos ventajosa para el asesino, tuvo que ser golpeado, ya que de otro modo no hubiera conseguido sus propósitos, por fortuna frustrados.

Bea hizo un signo de asentimiento. El campanilleo de una ambulancia empezó a dejarse oír con creciente intensidad.

—¿Podría saber, señorita Benbury, a qué venía usted a casa de nuestro común amigo? —preguntó Barstow.

—Bien; en medio de todo, Dannie Sholton era mi hermana y siento curiosidad por conocer a su asesino. Empecé a sentirla

cuando Jack hizo aquellas declaraciones a la Prensa.

—Entiendo; pero, por ahora, estamos casi igual que al principio —se lamentó el policía.

—Tendrá que permanecer veinticuatro horas en cama —dijo el médico al despedirse—. Es un hombre muy fuerte y por eso ha sobrevivido, pero el reposo le sentará bien.

—Ya lo ha oído, Jack —dijo Barstow, cuando el galeno hubo abandonado el dormitorio—. Quieto en la cama, hasta mañana a estas horas.

Gilgan contestó con un gruñido. Barstow se volvió hacia la muchacha.

—A usted le encomiendo su vigilancia. No le deje que se mueva del lecho, señorita Benbury —añadió.

—Váyase tranquilo, inspector.

Desde la puerta, Barstow miró al joven.

—Mañana vendré a hablar con más detenimiento de la muerte de Robson —se despidió.

Bea y Gilgan quedaron a solas. El joven tenía los ojos cerrados.

«Se ha dormido», pensó ella. Y luego decidió que una taza de té le sentaría bien.

El agua empezaba a hervir, cuando oyó ruido en la sala. Corrió hacia allí y se sorprendió enormemente al ver a Gilgan completamente vestido.

—¡Jack! El médico ha dicho...

—Ya sé lo que ha dicho el médico; lo he escuchado perfectamente. Pero yo me encuentro bien y todavía quedan unas cuantas horas de luz.

—Levantarte sin estar repuesto puede resultarte pernicioso...

Gilgan se echó a reír.

—He recibido golpes más fuertes —contestó—. Para reponerme, ya tengo bastante con lo que he estado en la cama. Pero aunque no pudiera caminar, iría arrastrándome para encontrar al asesino de tu hermana.

Bea abrió mucho los ojos.

—Adivino que conoces su identidad —dijo.

—Justamente —confirmó él—. Y, créeme, es el caso más horrible y lastimoso que te puedas imaginar. Pero no puedo quedarme inactivo, Bea. Espero que sepas comprenderme —añadió,

mientras se encaminaba a la puerta.

Bea permaneció un momento inmóvil. Luego, reaccionando, corrió hacia la cocina, apagó el fuego, volvió sobre sus pasos, recogió su bolso al vuelo y salió disparada tras Gilgan, alcanzándole cuando ya se disponía a entrar en el ascensor.

Gilgan se volvió. Bea le miró suplicante.

—Yo también soy parte interesada, en este asunto, Jack — murmuró.

Gilgan le pasó una mano por los hombros y la empujó hacia el ascensor.

—Tienes razón —contestó lacónicamente.

CAPÍTULO XIV

Lady Stella Yardbrough entró en su despacho y se llevó una enorme sorpresa al ver a Dino registrando los cajones.

—¿Qué haces ahí? —exclamó coléricamente.

Dino levantó los ojos para mirarla un segundo.

—Busco dinero —contestó—. Me largo, Stella.

—¿Qué...?

—Vamos, no perdamos tiempo. Dime dónde tienes la «pasta». Las cosas se han puesto muy mal —refunfuñó el pintor.

—¿Quieres, al menos, explicarme qué es lo que sucede? —pidió ella.

—Te lo diré en dos palabras. *Lord* Gilgan era ya pato muerto. Estaba inconsciente y yo lo sostenía por los tobillos, con todo el cuerpo metido dentro de la bañera. Llevaba así lo menos dos minutos. Otros dos o tres minutos más y el asunto estaría solucionado... pero tuvo que venir alguien a interrumpirme.

Stella palideció.

—¿Te vieron? —preguntó.

—El hombre, no; ella, sí.

—¿Ella?

—Sí, una chica muy mona. La he visto últimamente unas cuantas veces en el Toby's.

No creo que me reconociese... pero lo mejor será que me largue por una temporada del país. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, por supuesto. Busca en el segundo cajón de la derecha; encontrarás un par de miles, dentro de un sobre —indicó Stella.

Dino siguió el consejo. Segundos después, comprobaba el contenido del sobre.

—Suficiente —dijo—. Lo siento, pero en esta ocasión no tuve suerte.

Stella estaba apoyada con una mano sobre la mesa. La mano se había posado encima del mango de una plegadera en forma de puñal.

Dino se acercó a ella y la besó en una mejilla. Luego hizo un gesto con la mano y le volvió la espalda.

La mano de Stella se alzó un instante en el aire. Luego golpeó, rápida y duramente. La plegadera penetró en la carne hasta el mango.

Llamaron a la puerta del despacho. Stella concedió permiso.

El mayordomo apareció en el umbral.

—*Milady*, *lord* Gilgan y la señorita Benbury solicitan permiso para verla —anunció.

Stella se llevó un dedo a los labios.

—¡Psssttt...! Dino duerme —dijo en voz baja, señalando al pintor, que yacía en un sillón de orejeras, con la cabeza apoyada en una de ella y las manos sobre los brazos.

—Perdón, *milady* —susurró el mayordomo—. ¿Qué contesto a sus visitantes?

—Hágales pasar, Mortimer.

—Bien, *milady*.

Gilgan y la muchacha entraron segundos después.

—*Lady* Stella —saludó el joven—. Permítame que le presente a la señorita Benbury. Bea, *lady* Stella Yardbrough.

—Es un placer, muchacha —dijo la dama.

—Encantada, *milady* —contestó Bea.

Stella fijó la vista en el joven, el cual parecía muy interesado contemplando al supuesto durmiente.

—Tiene una copa de más —sonrió—. No se enterará de lo que hablamos, Jack.

«Un tipo con barbita y melenas», pensó Gilgan, recordando la descripción que de su atacante había facilitado la muchacha.

—*Lady* Stella —dijo de pronto—, estoy seguro de que usted se formula muchas preguntas acerca de nuestra visita.

—Un poco curiosa sí soy, en efecto —admitió la dama—. Pero ¿no quieren que les sirva un poco de jerez?

—Gracias; en otro momento —rechazó Gilgan—. Los motivos de nuestra visita están relacionados con una chica que murió hace seis

años, llamada Dannie Sholton. Trabajaba en el Toby's.

—Recuerdo perfectamente el caso, porque tú te viste implicado en él —dijo Stella—. Pero nunca creí que fueras el asesino.

—Es verdad. Usted no lo creyó, porque sabía positivamente que yo no había sido. Dannie sabía demasiado, por usar una frase tópica, y usted ordenó a Robson que la matase. Robson pasó la orden a un tal Rafferty, que la ejecutó, después de prepararme una trampa de acuerdo con Dannie, la cual estaba ignorante en aquellos momentos de que ella estaba ya condenada a muerte.

—Jack, tienes una imaginación portentosa —exclamó la dama, riendo—. ¿De dónde te has sacado esas fantasías?

—Su ofrecimiento de un empleo en Nueva Zelanda no era sincero, *lady* Stella. Usted no quería que el caso de Dannie Sholton se removiese otra vez y sabía que yo estaba dispuesto a hacerlo. ¿Sabe que ya nos hemos enterado que usted es la dueña del Toby's y del Black Cactus?

—Aunque así sea, eso no prueba...

—Es probable que no podamos presentar pruebas de lo que he dicho —contestó el joven con firmeza—. Por otra parte, yo ya pagué por una muerte que no cometí. Pero aunque usted no sea castigada legalmente, mientras viva llevará sobre su conciencia el horrible castigo de haber ordenado la muerte de su propia hija.

Stella palideció espantosamente.

—¡Eso no es verdad! —gritó.

Gilgan no se inmutó.

—¿Bea? —indicó.

La muchacha adelantó un paso.

—Es completamente cierto, *lady* Stella —afirmó—. Dannie usó de soltera mi apellido, hasta que se casó con Lafe Sholton. Si no nos cree, puede ir al orfelinato de Thradmile Woods. Allí corroborarán todo lo que acabamos de decir.

Gilgan contemplaba atentamente a *lady* Stella. La dama aparecía lívida, anonadada por la revelación que acababa de escuchar.

—Mi propia hija —murmuró.

A Gilgan, de pronto, le extrañó la inmovilidad del pintor. Podía

estar borracho, de acuerdo; pero ¿por qué no respiraba?

Se acercó al sillón y le tocó en un hombro.

—¡Eh, despierte! —exclamó.

Dino no dijo nada. Resbaló a un lado, se dobló de costado y hacia delante y acabó por caer de bruces.

Bea lanzó un agudo chillido. Gilgan respingó al ver en la espalda del pintor el mango de un puñal.

Luego miró a *lady* Stella.

—¿Usted?

Ella asintió.

—No esperaba que vinieran a visitarme —dijo—. A la noche, lo hubiera llevado muy lejos de aquí...

—Era el asesino de Robson —acusó Gilgan.

—Sí —confirmó Stella—. Y todo lo que has dicho antes es rigurosamente cierto. Yo...

Stella no pudo seguir hablando. Alguien, a través de la ventana, disparó varias veces un arma de fuego.

Gilgan empujó a Bea, lanzándola al suelo. Durante una fracción de segundo pudo ver el rostro de Johnny Faverio, descompuesto por la furia y el odio.

Stella se desplomó, con el pecho ensangrentado.

Un hombre trató de cerrarle el paso. Faverio disparó un tiro, pero lo hizo sin dejar de correr y la bala erró el cuerpo del inspector Barstow.

Más policías surgieron del parque. Sonaron dos o tres disparos.

Faverio aplastó al caer un macizo de flores. Barstow se acercó un momento y contempló el cuerpo retorcido del pistolero.

Gilgan se había arrodillado junto a Stella. La dama abrió los ojos un instante.

—Creo que ha sido lo mejor —murmuró—. No me hubiera sido posible vivir... con aquel peso sobre mi conciencia...

Stella jadeaba. Barstow entró en aquel momento.

—Inspector... —dijo la dama—. Jack fue siempre inocente de la muerte de Dannie. Yo...

La cabeza de *lady* Stella se dobló bruscamente a un lado. Gilgan se puso en pie y miró al policía.

—¿Ha oído, inspector? —preguntó.

—Sí —contestó Barstow—. Lo único que siento es haber llegado

un poco tarde.

—¿Cómo sabía que yo estaba aquí? —preguntó el joven, asombrado.

—Conozco a los hombres —dijo Barstow—. Sabía que intentaría salir de casa, apenas se encontrase un poco mejor. Yo tenía a un agente vigilándole, pero hemos tenido la mala suerte de tropezarnos con un embotellamiento de tránsito, que nos ha hecho perder unos minutos preciosos.

Gilgan aún asintió.

—Ella mató a Gouloni —dijo—. Era el asesino de Robson.

—Sí, y por lo visto a Faverio debió de sentarle muy mal. A su manera, era un hombre leal a Robson y no perdonó la muerte de su patrón.

—Eso mismo creo yo, inspector.

Gilgan agarró una de las manos de Bea.

—Nosotros nos marchamos —anunció.

—Les deseo mucha suerte —dijo Barstow escuetamente.

Al día siguiente, los dos jóvenes fueron a «Gilgan Manor».

—Te he traído aquí porque quiero que conozcas el lugar donde vas a residir, Bea —manifestó él—. Es decir, si quieres casarte conmigo.

—Jack, sabes poner las cosas tan atractivas, que no me dejas opción para una negativa —contestó Bea riendo.

James salió a la puerta.

—Bienvenido a casa, *milord* —saludó.

—Hola, James. ¿Te has enterado? Se ha reconocido mi inocencia; pronto lo será de una manera oficial.

—*Milord* tendrá que permitirme que le felicite de todo corazón —dijo el anciano mayordomo—. Pero, si mis cansados ojos no me engañan, sospecho que *milord* está más contento aún por otro suceso sumamente agradable.

Gilgan se echó a reír.

—Tienes razón, James —concordó—. Te presento a la futura *lady* Gilgan. Bea, éste es James, mi fiel mayordomo; pero, sobre todo, un buen y leal amigo.

—Es un placer conocerle, James —dijo la muchacha.

El mayordomo se inclinó profundamente.

—*Milord* no podía haber elegido con más acierto, *milady* —

contestó, dando a la muchacha por anticipado un tratamiento que llevaría efectivamente en un breve plazo.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

